

La Esfera



Año I * Núm. 18

Precio: 50 cénts.



RETRATO, cuadro de Alonso, propiedad de D. Ricardo Yottí

EL EFECTO Y LA CAUSA



Donde haya una hermosa
cabellera no está lejos el

PETRÓLEO GAL

Año I

2 de Mayo de 1914

Núm. 18

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



EL REY JORGE V DE INGLATERRA Y EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FRANCESA M. POINCARÉ

La visita de S. M. Británica á la capital de Francia ha sido una de las notas más salientes de la actualidad en estos últimos días. París ha hecho á Jorge V y á su augusta esposa un recibimiento entusiasta

DE LA VIDA QUE PASA TOROS Y CAÑAS



En medio de las calles juegan al toro unos chiquillos. El mayor no cuenta diez años. Capotes amarillos y rojos, manejados con singular destreza por los lidiadores minúsculos, lancean al muchacho que cumple oficios de cornúpeto por méritos de una banasta, rematada en dos cuernos de mimbrres. Otro mocoso, á lomos de uno igual, hace de picador y aguarda al «bicho» vara en ristre. Los banderilleros esperan su turno acariciando los rehiletes. Mientras llega «la hora suprema», el matador realiza quites prodigiosos ó demuestra su habilidad en verónicas, largas y recortes. El toro muge tras la banasta ó escarba el suelo con los pies; por no ser menos en fidelidad representativa, da el caballo relinchos y aun á ratos, cocea, claro que con una patita sólo; de hacerlo con las dos, él vendría al suelo de bruces: desventajas de las imitaciones; ni al cocear resultan.

Sobre la acera y desde rejas y balcones siguen las mujeres del barrio los trances de la lidia.

Rien las mujeres, vociferan, aplauden; hasta gritan si cornea el toro á los diestros. En una vara de castigo ruedan picador y caballo. Acude, para levantar al primero, que llora, una moza de ojos endrinos. «—¡Valiente mona sabia!... Estando tu al quite para alzarle con ese par de brazos—exclama un vecino—picaba yo gratis la ganadería de Miura.»

Me he detenido para contemplar cómo se divierten estas criaturitas y otras que un poco más abajo juegan á la «toña» sin miedo de dejar tuerco á un transeunte.

No en el ojo, pero sí en lo alto del sombrero hongo da la «toña» á un señor que atraviesa la calle; quiere éste revolverse contra quien le dirigió el disparo y enredándose en el capote de un torero da cinco ó seis traspiés; no paran en caída por obra del toro que entre sus cuernos le recibe. Apenas libre del embroque, alza el agredido ambos puños y grita, encarándose con la muchachil turba.

—¡Canallas! ¡Sirvergüenzas!... ¡Golfos!...

Las mujeres del barrio avanzan hacia el increpador, mientras los chicos dirigen á una y otra parte los ojos en busca de proyectiles con que secundar la acción de sus madres, hermanas y parientas.

—¿Qué dice el cabayero?—vocifera una de las comadres, metiendo sus dedos por la cara del hombre.

—Digo—responde él—que estos chicos... Por supuesto, la culpa no es suya. Es de sus madres que les consienten granjear en vez de enviarles á la escuela.

—¿A la escuela? ¿A qué escuela, señor?

—A la pública del distrito.

—¡A la pública del distrito!... ¡Tiene gracia!... ¿Habéis oído, chicas? Oiga usted, buen amigo—añade—¿por qué no nos hace un favor?... Tiene usted cara de ministro ó de presonaje enfluyente. Quizá que sí puea hacerlo su señoría.

—¿Qué es lo que he de hacer yo?

—Mu fácil. Dar trigo, en vez de predicar. Coja usted á esos chicos, échelos por delante de su presona y llévelos á la escuela pública del barrio. Acaso que el maestro, asustao de la cara tan fea que le ha dado á usted Dios, los admita. Por nuestras lindas caras no ha querido admitirlos.

—¿Qué no? ¿Y en qué se funda el maestro?

—En que está lleno tó; en que no cabe en la escuela una cabecita de alfiler. ¡Se imaginará el cabayero que los chicos están aquí por nuestro gusto!... ¡Así que es una dicha oírlos! Pero ¿qué hemos de hacerle? Ya que no se enseñan á leer, que se enseñen á torear. Ya que no puén entrar por la puerta de una escuela pública con su delantal á hombros y su cartera bajo el brazo, que entren por la puerta de una plaza de toros con el capote ceñío á la cintura y el traje de luces ajustao contra el cuerpo. Del mal el menos. ¿No le parece á usfa?

—¿Pero es posible!—murmura el sujeto, haciendo un gesto de estupor.

—Tan posible—interrumpe un obrero, á quien la disputa ha hecho salir de una vivienda próxima.—Mire usted, dos hijos tengo yo, de ocho años el uno, el otro pasa de los diez. Va para seis meses que ando tras un volante á fin de que entren en una escuela pública y, de hoy para mañana, en la calle están ellos. «No hay sitio» me contestan. Mientras les dejan sitio, pues mírelos usted: el más pequeño hace de picador; el más grande de toro. No tengo yo la culpa. Bastante es ganar mi jornal y ganar mi mujer el suyo enjabonando en el río ropa. Ustedes los ricos no cavilan por estas cosas. ¿No hay escuela pública? Mandan sus críos á una escuela de pago y arreglao el asunto. Nosotros... Gracias que tenemos para comer un mal cocido. Quien mal come, no puede permitirse el lujo de pagar á sus hijos maestro.

—¡Es verdad!...—responde el caballero; y luego de una pausa, añade:—¡No haber escuelas suficientes para los niños pobres! ¡Y esto en la capital de España! ¡Qué vergüenza!...

—No lo sabe usted bien—interrumpe, terciando en el coloquio.—¿Sabe usted cuántos analfabetos de seis años á doce existen en Madrid? Veintiocho mil, centenar más ó menos.

—¡Veintiocho mil!...

—Aun me quedo corto. ¿Y sabe usted por qué

existen en Madrid esos veintiocho mil analfabetos? Porque entre gobierno y municipio, entre alcaldes y ministros de Instrucción pública, han hecho lo posible para que el mal subsista. Con lo que paga el Ayuntamiento anualmente por alquiler de escuelas, había lo bastante á construir nuevos edificios. En ellos todos los niños que hoy carecen de escuela ó la tienen en condiciones vergonzosas, podían recibir enseñanzas. Con la mitad de lo ofrecido por ministros y directores al auxilio de la instrucción primaria, habría sobrado á la extirpación del analfabetismo. Pero ni el municipio tiene energía para afrontar la empresa de lleno, ni los ministros tienen voluntad de ayudarla. Sólo Ruiz Jiménez de ministro y de alcalde afrontó de cara el problema. Saió pronto de la alcaldía, del ministerio más pronto aún y en planes quedaron sus proyectos. Ahora van á construirse tres grupos escolares; con ellos se sustituirán algunas escuelas que hoy se alquilan; ganarán los educandos en local y en procedimientos pedagógicos, pero los niños que pillastrean en las calles por falta de aula seguirán como estaban; ni una sola cifra podrá rebajarse en la suma dolorosa de los madrileños analfabetos.

—¿De modo?...

—De modo que el problema de la enseñanza primaria en Madrid, en España entera, continuará sin provechosa solución. ¿La enseñanza primaria? ¡Bah!... En nuestro país, donde sobra el dinero para cualquier empresa inútil, cuando no es perjudicial é injusta, falta siempre para las dos únicas que podrían salvarnos, incorporarnos al viaje que el mundo culto realiza hacia el porvenir: la colonización interior de España y la educación de las generaciones nuevas. Murió Costa y le hicimos un entierro de primer orden. ¡Pocos discursos se pronunciaron y pocas cuartillas se escribieron entonces!... ¡Bien enterramos al arisco solitario de Graus! Tan bien, que hasta su hermosa síntesis: «El problema español es problema de despensa y escuela», fué á la fosa con el cadáver. Ahí están esos chicos ignorantes y anémicos que no me dejarán mentir.

Mientras platicábamos, las mujeres habían vuelto á ocupar su sitio en la acera y los chiquillos á continuar sus juegos.

—¡Miles y miles de criaturas sin escuela—tornó á decir el señor del hongo, frunciendo el entrecejo.

—Sin escuela, afirmó el obrero, señalando á los niños toreadores. De manera, señor...

—De manera—dijo éste, dirigiéndose al primer espada—que toma esas veinticinco pesetas y vete al Bazar X y cómprate un ajuar de torero.

JOAQUÍN DICENTA



LOS REYES DE INGLATERRA EN FRANCIA



Un rey y una reina, de los más poderosos de la tierra, soberanos de la Gran Bretaña y de Irlanda, Emperadores de las Indias, acaban de ser los huéspedes de una de las más poderosas repúblicas. Francia ha recibido á Jorge V y la Reina Mary, con esa franca y mantenida cordialidad latina, con esa exuberante efusión de sentimientos que es la cualidad más saliente y envidiable de la raza. Vivas, aclamaciones continuas, lluvia de *bouquets* arrojados al carruaje de la gentil soberana, besos lanzados por manitas rosadas y pulidas, como perfumada ofrenda de juventud á la majestad que pasa radiante en una fugitiva visión de doradas magnificencias, un pueblo entero, en fin, rodeando en masa, con explosiones de entusiasmo, á los egregios continuadores de la obra de paz y de aproximación fraternal, iniciada

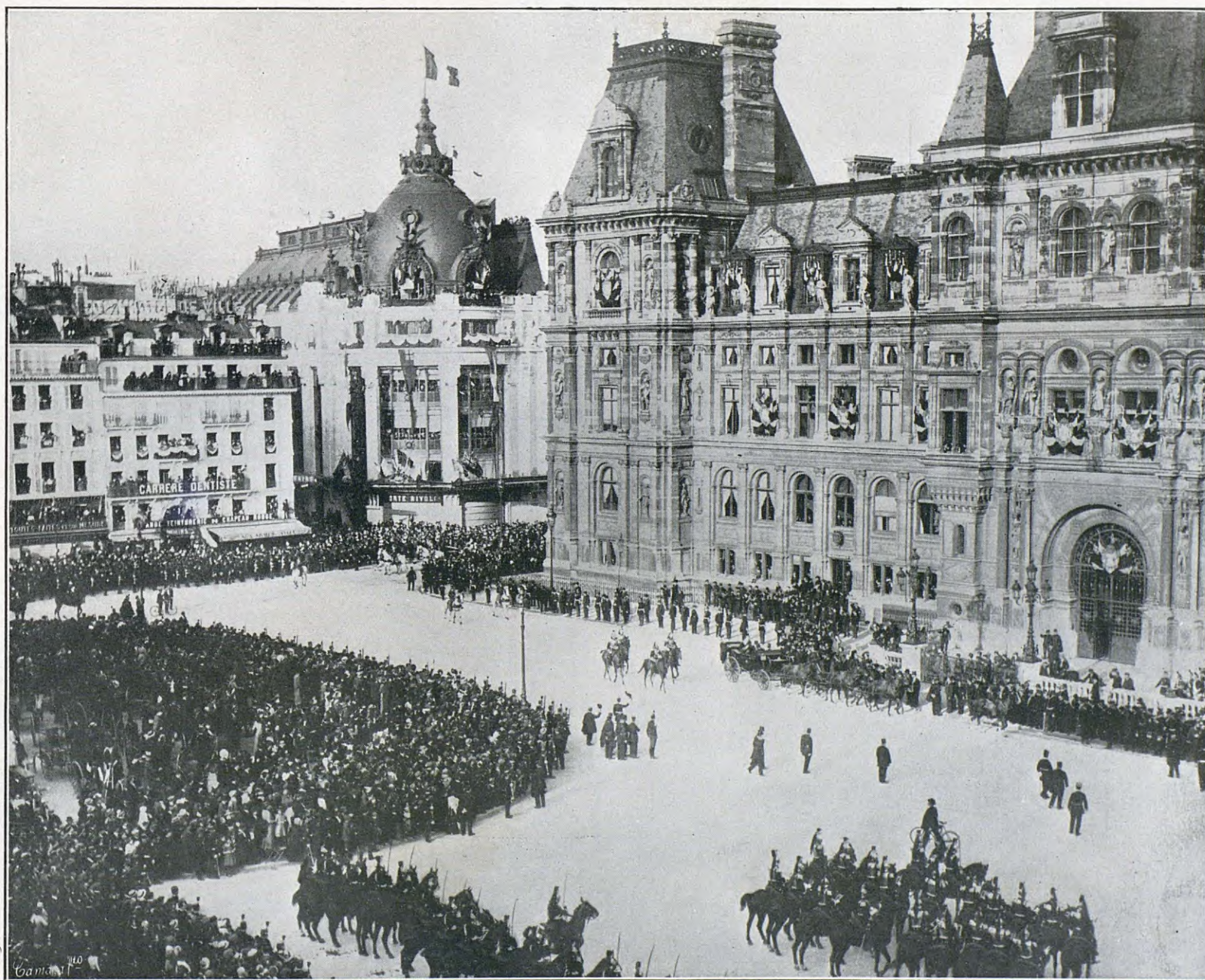
Visita de SS. MM. á París



La Reina de Inglaterra y la esposa del Presidente de la República Francesa, Mme. Poincaré

por el preclaro hijo de la Reina Victoria; tal ha sido el magnífico é inolvidable espectáculo que rodeó la visita regia británica á la gran Ciudad Luz, de la que recogemos en la presente página algunas notas salientes, entre ellas una interesantísima instantánea de la Reina Mary y de Madame Poincaré, á la llegada de los Soberanos á París, y una vista de la plaza del Hotel de Villa en el momento de realizar los reyes su visita oficial á la municipalidad parisiense.

Extinguidos los últimos ecos de esa entrevista, al disiparse el humo de las salvas postreras, queda, sin embargo, algo que no se pierde, algo que ha de perdurar, y son los vínculos del afecto entre dos grandes pueblos, de cuya *entente cordiale* puede esperar mucho la paz de Europa, tan amenazada por múltiples ambiciones.



Llegada de los Reyes de Inglaterra al Hotel de Ville, de París

FOTS. HUGELMANN

FIGURAS DE LA REALEZA

La Princesa Beatriz de Battemberg

La Princesa de Battemberg, madre de nuestra soberana, es la última hija de los nueve que tuvo la Reina Victoria de Inglaterra, cuyo reinado marca para el pueblo inglés, uno de los períodos más culminantes de su historia, y desde luego, el más glorioso, por los extensos territorios anexionados en su tiempo á la metrópoli. Señala, además, este reinado con su influencia, transmitida á la mayoría de los tronos de Europa, ocupados hoy por nietos y nietas de la Reina Victoria, un cambio total de vida, que separa por completo el modo de ser de las antiguas y de las modernas Cortes; pues, aunque continúan guardándose y celebrando en todas ellas, y en la ingle-

que le he enseñado; después le cogió la mano deteniéndola unos momentos, y la niña le miraba fijamente.» La desolación de la Reina, al ocurrir la muerte de su marido, fué inmensa; guardó toda la vida el duelo de su amor, y en los años siguientes, que fueron también los de la educación de la Princesa, la austeridad del dolor hizo triste y severo el vivir de la Corte y de la Reina que sólo hallaba consuelo en el cariño de sus hijos, y especialmente, en la pequeña Beatriz. Identificada con su madre, por la intimidad, creció la Princesa conociendo y reviviendo con la Reina el brillante y feliz pasado, entre cuyos recuerdos destacaríanse, con nota-

lleza. Corrió el rumor algún tiempo, fundado sin duda en el cariño que la Emperatriz Eugenia profesaba á la Princesa, de ser ésta el ideal amoroso del infortunado Príncipe Imperial, quien en lugar de recuperar un trono que ofrecer á su amada, halló la muerte en el Sudán combatiendo bajo la bandera inglesa; siendo cierto que entonces, ante pena tan desgarradora para el corazón de la madre, la Princesa Beatriz supo consolar con su afecto la dura adversidad que perseguía á nuestra ilustre compatriota. Confirmó algunos años aquellos rumores, el que la Princesa permanecía soltera, mas llegado el día en que su destino debía fijarse, contrajo matri-



sa con igual respeto que en las demás, las etiquetas y ceremonias, tradicionales é históricas, del régimen, es indudable que el ambiente moderno de independencia personal, ha llegado hasta los tronos, librando de su tiranía, por lo menos, la vida íntima y familiar de soberanos y príncipes, más interesante de conocer cuanto menos conocida fué hasta ahora en que la información, abusando de sus derechos, con liberal despotismo, trata de satisfacer aquel interés, extremando á menudo su celo sin notorio beneficio para el resultado, y con lamentable perjuicio al prudente uso de la publicidad.

Modelo de vida familiar, ajena á la realeza, á pesar de cumplir con esmero sus deberes, fué la unión de la Reina Victoria con su primo el Príncipe Alberto de Sajonia-Coburgo-Gotha, cuya figura resalta, noble é inteligente, en documentos, cartas y memorias de aquel tiempo. Al morir el Príncipe, en 1861, la Princesa Beatriz contaba cuatro años, lo que haría suponer fuera bien pequeño el recuerdo que guardara de su padre, si la Reina Victoria no diera á conocer la inteligencia de su hija, escribiendo lo siguiente, un mes antes de la muerte del Príncipe: «Hoy, he encontrado mejor á mi Alberto, ¡tan bueno, tan afectuoso! Como siempre, ha besado con cariño á la pequeña Beatriz cuando se la he llevado, riendo gozoso al oírle recitar unos versos, franceses,

ble atractivo para un espíritu juvenil, los dos viajes oficiales de la soberana inglesa á Francia: el primero, en tiempo de Luis Felipe; el segundo, ocupando el solio francés Napoleón III. En esta ocasión conoció la Reina Victoria á la Emperatriz Eugenia, cimentándose, en la plenitud de la dicha que ambas poseían entonces, la firme amistad que había de unir las siempre. Después de la guerra franco-prusiana la familia imperial emigró á Inglaterra, siendo acogida por la familia real inglesa, tan cordialmente (*friendly*), dice una carta de aquel tiempo, como si fuera la prosperidad y no la desgracia, quien los llevara. La Princesa Beatriz vivió su primera juventud consagrada á su madre, llevando una existencia retraída de placeres, brillantes y mundanos, que la Reina había suprimido en torno suyo desde que envidió. Las estancias de la Corte en Londres eran las precisas, cada vez más cortas, pero la intimidad y correspondencia con los ausentes de una familia numerosa, los deportes, las lecturas y los viajes, fueron para la Princesa deberes y distracciones que la hicieron fuerte de espíritu y cuerpo. Compartiendo las inquietudes de la Reina, en los largos y lejanos viajes de sus hermanos, consolándola siempre en sus penas y preocupaciones, rehusó, por no abandonarla, diversos proyectos matrimoniales, dignos de su alcurnia al par que de sus talentos y be-

monio con el Príncipe Enrique de Battemberg primo del Gran Duque de Hesse, viudo éste de una de las hijas predilectas de la Reina Victoria, la Princesa Alicia, madre á su vez de la actual soberana rusa. Por su enlace y sus frecuentes viajes al Continente, renació en la Princesa Beatriz el espíritu alemán heredado de su padre, y conociendo perfectamente el idioma, tradujo al inglés una obra curiosísima, donde se refieren las aventuras y cautiverio de un noble alemán en el siglo XVII, «*El Conde Georges-Albert D'Erbarch*», cuyos descendientes están emparentados con la casa de Battemberg. Durante los once años que estuvo casada la Princesa Beatriz siguió dedicando á su madre gran parte de su tiempo, y al quedar viuda volvió á compartir con ella hasta su muerte las penas y contratiempos de la vida. En toda ella, han conservado mutuamente la Emperatriz Eugenia y la Princesa de Battemberg, los sentimientos y afectos que hace largos años las unieran, y, últimamente, elegida por nuestro Rey para esposa la hija única de la Princesa, la preferida de la Emperatriz, un mismo anhelo de ternura las liga, al tener fundidos en España los dos amores más legítimos y puros de la mujer, el de madre y el de Patria.

MARICRUZ

MÚSICOS ESPAÑOLES



D. JOSE SERRANO

Ilustre maestro compositor, autor de inspiradas partituras de zarzuela genuinamente españolas

FOT. CAMPÚA



NUESTRAS VISITAS

EL MAESTRO SERRANO



El ilustre compositor D. José Serrano, rodeado de sus hijos en su gabinete de trabajo

Cuando llegamos á casa del maestro, llueve furiosamente y el viento zumba como en los mejores días del invierno. Los viandantes se guarecen en los portales, acógense al refugio de los tranvías ó, más valientes algunos, desafían las iras del agua corriendo calle arriba. Serrano vive frente al Hospicio. Pero ni en la vecina arboleda trinan los pájaros, ni sobre los muros del viejo asilo provincial saltan las voces infantiles que otras veces han puesto un rayo de luz en esta calle de la Beneficencia. Sin embargo, es tarde de Abril. El almanaque nos lo dice; pero el almanaque es un viejo burlón que desgrana sus enredos en una tertulia de bobalicones.

No conocemos á Serrano. «El Caballero Audaz» no ha sentido nunca la debilidad de escribir zarzuelas. Es de los pocos españoles que no se han creído con derecho á hilvanar unas cuantas escenas, confiando á la música, al pintor y al sastre, la esperanza de una recaudación fabulosa. Quiere hablar al maestro como un amigo desinteresado y espera recoger sus palabras para ofrecérselas al numeroso público de LA ESFERA.

Nos recibe un chiquillo gentil y desenvuelto. Es Lohengrin, el mayor de los hijos de Serrano. —Papá sale enseguida—nos dice. Y quedamos esperando en el salón de música.

Esta artística habitación es un tributo del maestro á su noble profesión. Cubren las paredes unos portiers airoso, bordados con pentágramas y trozos de *La reina mora*, de *La mazorca roja*. Los stores del balcón destacan las

notas del brioso pasodoble de *El Motete*. La masa es un piano vertical, sobre cuyos tableros todos los bibelots recuerdan algún instrumento musical. Las butacas parecen auténticos timbales; los taburetes son tambores; el reloj un pandero húngaro; las librerías dos enormes panderetas con grandes sonajas; en los respaldos de todas las sillas un artífice hábil talló una pauta y una clave de sol. Pende del techo una gran lámpara cuyos brazos son trompas, cuyos globos son redoblatantes, con un timbal en el centro. Las escupideras, las papeleras, los ceniceros, simulan tambores de cuerdas, violines... Junto á uno de los balcones un piano de cola soberbio y un autopianista. Y, temiendo el engaño, hemos alzado la tapa en busca de sorpresas... Pero, no. El piano y la pianola son verdaderos.

Pepe Serrano acoge nuestra visita con amables saludos. Es nervioso, fino, casi alto. Su rostro pálido y anguloso es simpático. Los cabellos largos, sin afectación, sin melenas; el bigote erguido y los ojos pequeños, vivos, enérgicos, le dan un gesto de capitán de Flandes. Habla sencillamente, con abundancia de palabras, pero sin tonos de presunción.

—Usted es de Valencia, ¿verdad maestro?—empezamos preguntándole, entre sorbo y sorbo de café.

—De la provincia. Nací en Sueca el 14 de Octubre del 75, día de San Calixto... ¡Mire usted que llamarme José Calixto!...

Reimos. El prosiguió.

—Mi padre dirigía la banda municipal de Sue-

ca y con él estudié mis primeros años de solfeo. Mi aspiración era eclipsar la fama de Sarasate, como concertista de violín. A los siete años tocaba este instrumento muy bien, según decían. Poco después mi padre, no estando seguro de mi entusiasmo musical, me puso de mancebo en una botica. Según he sabido después, quería contrastar mi vocación y todo su empeño estaba en alejarme de la música... ¡Empeño inútil!... Yo en la rebotica, entre limonadas y píldoras, intercalaba unas notas de violín. ¡Qué horror le tomé á la farmacia!... Aún me duran mis rencores para las medicinas... No he tomado jamás ninguna, pues de aquella botica saqué el convencimiento de que todas las drogas no sirven más que para una cosa: ¡para enfermar al más sano! Bueno; pues convencido mi padre de que yo no quería ser más que músico, me matriculó en el Conservatorio de Valencia y allí estudié el solfeo, la armonía y la composición con D. Salvador Giner.

—¿Y el piano?...

—Mi padre quiso que lo aprendiera. Cuando fué á Valencia para oírme en el examen, tuve que confesarle que había vendido los libros al conserje del Conservatorio. Algunas veces me ha pesado; pero mi instrumento favorito era y es todavía el violín.

—¿Qué hizo usted en Madrid antes de ser conocido?—preguntamos con interés.

Serrano hace un gesto de horror; después exclama:

—¡No me lo recuerde usted, «Caballero Audaz»! Si hoy me volvieran á Sueca y, á con-

dición de pasar lo pasado, me ofrecieran la gloria de Wagner, yo le aseguro á usted que renunciaba á ella y me quedaba en mi pueblo. Verá usted qué prólogo. En el verano, mi padre me dejaba encargado de la banda. Un año, en esta época, fué de visita al pueblo D. Simón Vila Vendrell, amigo y paisano nuestro y persona de algún relieve entonces en la vida política. A la sazón era nuestro visitante Director general de Hacienda en el Ministerio de Ultramar y, claro, tanto por su prestigio político como por la amistad que tenía con mi padre, yo acudí con mis huestes á obsequiarle con una serenata. Satisfecho nuestro huésped de mi atención, después de interesarse por mis aficiones, me encargó la necesidad de presentarme en Madrid para conseguirme una pensión de gracia en el Conservatorio. ¿Para qué quise yo más?... Con más alegría que unas castañuelas, tomé el tren y ¡á Madrid!... Al llegar aquí, lo primero que hice fué visitar al que iba á ser mi protector... Sí, sí... Cuando después de mil paseos conseguí verlo, me dijo con indiferencia que él no conocía á los señores del tribunal... ¡Excuso decirle á usted!... ¿Qué hacía yo en Madrid, donde no conocía á nadie?... Lloré de dolor por mi fracaso. Alguien que sabía mi situación, consiguió que D. Emilio Serrano, Presidente del Tribunal, conociera mis trabajos y Serrano me ofreció apoyo. Efectivamente, logré una pensión de las mejores: tres mil reales. Pero ahora verá usted. A los dos meses, D. Alberto Bosch pidió en el Congreso que estas ridículas pensiones fueran sustituidas por otras de cinco, seis y ocho mil reales... Lo autorizaron... y empezó por suprimir las de dos y tres mil reales y... ¡hasta hoy! Las otras no se han creado todavía.

—¡Estupendo!...—comentamos.
—Yo, decidido á trabajar en Madrid, contestando á los consejos que me daba mi padre de tornar al pueblo, le escribí mi promesa de no verle mientras no tuviera en mi bolsillo cinco billetes de mil pesetas... Y así fué... A los cinco años de estar aquí conseguí mi empeño.
—¿Cómo se valió usted para que los Quintero le confiaran la música de *El motete*?...

—No puedo contárselo, amigo «Audaz». Sí debo decirle que los Quintero, aun mejores que como autores, son como caballeros. A mí se me había hecho una infamia en el teatro de la Zarzuela, y Serafín y Joaquín, indignados, se propusieron reparar agravios de los demás...

—Callamos un instante. Yo rompí el silencio.

—¿Cuáles han sido las obras de más dinero entre las de su repertorio?...

—Es cuestión de edad. *La mazorca roja* me lleva dados, hasta ahora, unos doce mil duros. Cuando *Alma de Dios* y *La mala sombra*, por ejemplo, tengan los mismos años que hoy cuenta *La mazorca*, es probable que lleguen á más.

—Y ¿cuáles son las predilectas de usted?...

Serrano sonríe un poco escéptico.

—Probablemente las que menos me han aplaudido.

Y luego añade vivamente:

—Menos en Valencia.

—¿Cuántas tiene usted estrenadas?

—Treinta y ocho.

—¿Ha terminado usted *La Venta de los gatos*?

—Sólo me falta instrumentarla. Es una ópera andaluza desde la primera nota hasta la última. Consta de dos actos largos. El libro—ya lo sabe usted—está inspirado en Bécquer.

—¿Dónde se estrenará?...

—No lo sé. Es seguro que en un teatro exclusivamente español, como la Zarzuela. Pero su estructura es tal, que lo mismo puede ejecutarse en el Real que en un teatro de provincias por modesto que sea.

—Hemos oído decir que va usted á la Argentina—insinuamos.

—En efecto; con los hermanos Velasco. Son dos amigos de toda la vida; solamente con ellos me hubiera aventurado á pasar el Atlántico. Me han dicho algunas personas que en Buenos Aires sólo gustan los tangos y las machichas. Yo no puedo creerlo y voy á ver si es verdad. Me propongo dar unos conciertos de música española.

—Nuestros compositores no han cultivado mucho las piezas de concierto—observamos.

—No importa. Con la *Fantasia morisca* y *Los gnomos de la Alhambra*, de Chapí; con las *Escenas andaluzas*, de Bretón; con los *Cantos asturianos*, de Villa; con los *Leoneses*, de Villar; con algo de Granados, Giner y Larregla... se puede dar una idea de música española sin tangos y sin machichas. ¿No cree usted?...

Asentimos. Y...

de darse nada más distinto?... Nuestros compositores, en general, están mal orientados. Los hay de mucho talento como Conrado del Campo, Rogelio Villar y Vicente Arregui; pero se han afiliado á la escuela de Debussy, Dukas y Vincent d'Indy, en vez de recoger en nuestros cantos la base de sus composiciones, en vez de estudiar á Chapí, nuestro gran músico. La escuela francesa no se preocupa más que de la técnica... Es decir, no alardea más que de técnica, haciendo gala de su desprecio por la melodía. En realidad, esto no es más que una postura de conveniencia: cuando se les ocurre una melodía la toman con tal cariño que la agotan en fuerza de repetirla en todo los tonos y con todas las distribuciones. Tal ocurre en *El aprendiz de brujo*, de Dukas. ¿Qué duda cabe de que sin técnica no puede haber música en los tiempos actuales?...

Pero la técnica debe ser, á mi juicio, el arte de armonizar la melodía, no el artificio con que se disimula la ausencia de línea melódica. De Massenet, de Saint Saëns acá, ¿qué ópera ni qué opereta ha salido de Francia? ¿Cuál se representa en Francia siquiera?... Ninguna; porque ningún músico francés de la moderna escuela tiene personalidad, todos son iguales. ¿No es una pena que nuestros músicos se orienten hacia esa escuela fría, incolora, inexpressiva, y desprecien la verdadera música española?

Hemos oído á Serrano con verdadero gusto, con entusiasmo. Nos interrumpe un tropel de chicos que produciendo gran alboroto entra en la habitación. Con inocente curiosidad, nos fiscalizan y un poco amilanados por nuestra presencia, se acogen alrededor del maestro. Uno se le sube por las piernas, otro se le agarra al cuello, otro le coge las orejas; el más pequeño llora en brazos de la niñera, envidioso del correteo de los demás.

—Ha llegado del colegio mi *gente menuda*—nos dice el maestro.

—¿Y cuántos son? Porque como se mueven tanto no puedo contarlos.

—Ocho...

—¡Ocho! —comentamos nosotros compasivos.

—Sí, señor; y á mí me parecen pocos. ¡Quisiera tener tantos hijos como obras teatrales!... ¡Qué caramba!...

Nos dice Serrano esto con tal convencimiento, con tal sinceridad que empezamos á envidiar la dicha del que tiene doce retoños. Aun le buscamos el lado malo en la noble profesión del maestro, preguntándole:

—¿Y le dejan á usted trabajar?...

—Sí, señor. Yo hago música de madrugada: desde la media noche en adelante. Ellos como están acostumbrados desde que nacen á oír el piano de noche, no se despiertan jamás...

—Y los vecinos ¿no se quejan?

—No señor; al contrario. En uno de los pisos vive un médico que cuando estoy algún día sin tocar me lo reprocha.

—Lo acusan á usted de trabajar poco.

—Trabajo bastante; lo que hago es no aprovechar más que lo que me satisface plenamente, y no escribir música más que cuando estoy inspirado.

Y no hablamos más.

Nosotros habíamos sentido oyendo algunas de las partituras de este joven maestro el orgullo de ser españoles, de haber nacido en un país donde el alma fuerte de la raza vibra en canciones de pujanza varonil ó de queja honda, sentido, del corazón.

Y en esta tarde abrilena, por su nombre, inverniza por su cariz, hablando de España con el autor de *La reina mora* hemos sentido llegar á nuestro espíritu un rayo de sol.

La música también hace patria; tanto como la pintura y las letras.



El maestro Serrano enseñando música á una de sus hijas

FOTS. CAMPÚA

—¿Estrenará usted algo suyo?...

—Llevo cuatro zarzuelas terminadas y dos ó tres medio escritas. Estrenaré en primer término *El rey del corral*, de López Marín, y una zarzuela de Guillermo Fernández Shaw y Federico Romero, dos noveles autores, y después otras de Sinesio, Moyrón y varios más. Antes de embarcar daré en la Zarzuela *El rey de la banca* y en Apolo *El amigo Melquiades*, de Arniches.

No queríamos salir de casa de Serrano sin hacerle una grave pregunta, grave porque apelamos á su sinceridad. Nos decidimos.

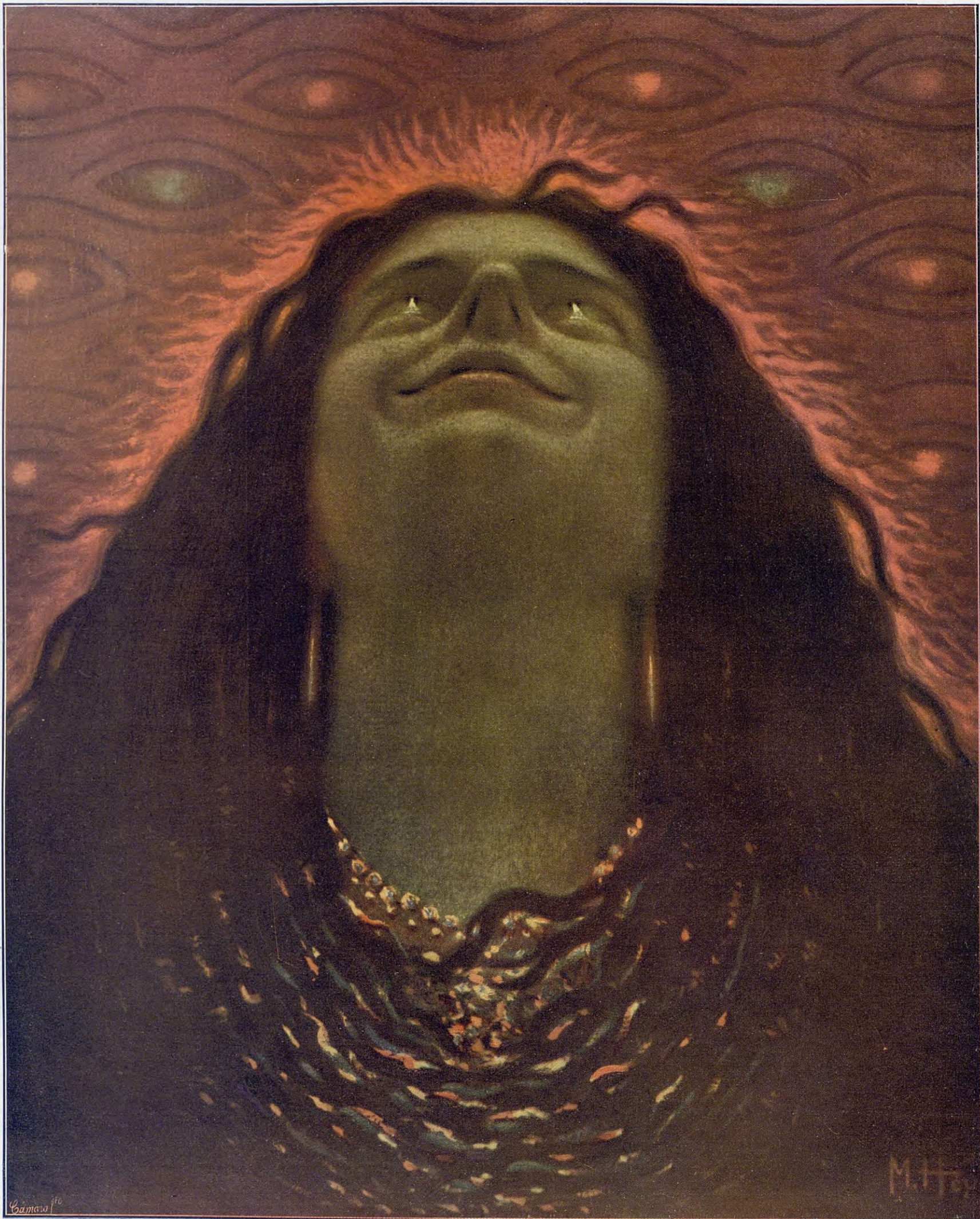
—¿Qué opina usted, maestro, de la música y de los músicos españoles?...

—De la música que es la más hermosa del mundo. Los cantos populares encierran tesoros de poesía que aún no se han explotado. Saint Saëns se admiraba de que en un recinto pequeño, como es el de España, pudiera haber tan diversos matices y tan varias fuentes de inspiración musical. Desde el zorzico vasco á la alborada gallega; de la sardana á la jota, hay muy pocos kilómetros; vea usted, sin embargo, cómo se diferencian. Andalucía, tiene, á mi juicio, la mayor riqueza de cantos más diversos: soleares, seguidillas y malagueñas son andaluzas. ¿Pue-



LA ESFERA

EL SIMBOLISMO EN EL ARTE



PERVERSIDAD, dibujo de Miguel Hevia

UN ARTISTA ORIGINAL

MIGUEL HEVIA Y SUS DIBUJOS



Tras la fortuna



Fanáticos de la idea



La herencia del hombre

HE aquí una personalidad interesante, formada en sí misma, que, sin prisas, sin impaciencia ni concesiones a la vulgaridad ambiente, va siguiendo su camino hacia la gloria.

Su nombre todavía no tiene ecos de emoción ó de recuerdos; sus dibujos son aún sorpresas. Estamos tal vez en presencia de la aurora de un gran artista ideológico, de un *Gedankenkünstler* ó pintor literario, á la manera de Boecklin, Max Klinger y Scheneider.

Hace algún tiempo ví en *El Figaro* de la Habana los primeros dibujos de Miguel Hevia; sus dibujos inquietantes, agresivos, que obligan al pensamiento como un latigazo cruel.

Y este año, una noche de Febrero, al salir de la Exposición Néstor con varios amigos, me intrigó un muchacho alto y flaco, con la frente avanzada sobre el resto de la cara, dejando en una misteriosa penumbra las pupilas negras, zahoríes. Me interesó desde el primer momento. De un modo sencillo y humilde, sin petulancias, sin ofensiva palabrería, habló del arte contemporáneo, de los modernos artistas extranjeros, con pasmosa seguridad, con esa seguridad que da una cultura sólida.

Yo le escuchaba complacido y pensaba: «este muchacho no es español ó pinta muy mal».

Desgraciadamente, en España son muy raros los pintores conscientes y cultivados de espíritu.

Ateniéndonos á la división de escuelas alemanas, podríamos decir que abundan más los *Nurmahler* (pintores puros) que los *Gedankenkünstler*. El caso de un pintor literario, que sea á la vez un gran técnico y un gran colorista, no es frecuente. Néstor, por ejemplo, tiene pocos rivales.

Hevia trabaja ahora en Madrid. En Hevia se da también el caso simpático de este dualismo artístico. Como una creación de sus dibujos, es el simbólico hombre que tropieza con espinos, se le enredan víboras en las piernas, contempla el porvenir en una calavera que tiene vendadas las cuencas orbitarias, y atraviesa la vida con un peso sideral sobre los hombros.

No quiere prostituir su arte. ¿Hace bien? ¿Hace mal? Bien, indiscutiblemente. Mientras un artista quiera conservarse puro, merece triunfar. No importa la lucha, no importan los calabros, no importan las amarguras. De toda esa negrura surgirá la

deslumbradora luz de mañana. Esta misma ansiedad del futuro, esta misma desesperación de las tragedias silenciosas de su vida, hay en los dibujos de Hevia. Antes que á Boecklin ó á Klinger se acerca más al revolucionario Scheneider. Hubiera sido un excelente colaborador en la época gallarda, altiva, demoledora de *L'Assiette au beurre* cuando *L'Assiette au beurre* no respetaba nada y *Grand-Jouan* y *Delannoy* se compraban con dibujos la celda de una cárcel. Hoy día Hevia no podría dibujar en *L'Assiette au beurre*. El rebelde periódico francés ha perdido su acometividad y su altura idealista; el lobo se dejó cortar las uñas y ahora sirve para guardar rediles... con lo cual vive mejor que antes.

Hay dos aspectos claramente manifestados en Miguel Hevia: el romántico y el naturalista. Ambos se funden y dan un tercer aspecto: el revolucionario.

¿Qué otro hombre sino un gran romántico concibe dibujos de la soñadora y silenciosa amargura de *Atracción*, donde un monstruo con

cuerpo de serpiente, rostro de mujer y víboras por cabellos, atrae con sus miradas al hombre inclinado sobre el abismo, mientras en el fondo se aboceta una esfinge egipcia? ¿No es también un romántico el que ha imaginado *Los sueños* en globos diminutos rodando en la paz azulada de la noche sobre la curva terráquea y llevando dentro de sí una figura humana y axesual? Sutil, delicadísimo romanticismo también el de *Metempsicosis*, *En busca del Ideal* y el de *Marcha Fúnebre* que tiene la calofrante sensación de la medioeval tumba del Duque de Borgoña con sus monjes encapuchados y sin facies...

Naturalista, de un naturalismo valiente, audaz en sus dibujos—irreproducibles durante mucho tiempo todavía en revistas españolas—titulados *Impotencia*, *El macho*, *El fruto del vicio*, *Astucia* y *Vanidad*, *El sentimiento de la hembra* y *Salomé* que son páginas cálidas, vibrantes, estremecidas por todos los horrores de la carne y todas las aberraciones del espíritu.

Revolucionario, en fin, cuando el dolor de ser hombre joven en este mundo tan viejo y tan cubierto de maldad, le impulsa á hacer un arte hermano de todas las sublevaciones y todas las rebeldías que estallan con estrépito de cañonazos y buscan los corazones podridos, los corazones gangrenados, con la agudeza certera de estocadas.

Entonces es cuando dibuja *La ingratitud humana*, página de cruento misticismo cristiano; *La usura*, que causa el horror y la opresión de una pesadilla; *Lanzado la idea*, de parecida energía conceptiva á la del *Anarquista* de Scheneider; *Las vengadoras*, *La mano del destino*, *No todo muere*, *Lucha de ideas* y *Carne de sacrificio*.

Pero siempre, romántico, ó naturalista ó revolucionario, hay algo que realza y magnifica estos aspectos ideológicos de su arte: el conocimiento del dibujo, del color, y el sentido decorativo de la pintura contemporánea.

Sin esto último no resaltaría aquello. Como sin la enorme voluntad, sin la fecunda confianza en sí mismo que tiene Miguel Hevia, no sabría resistir mucho tiempo el involuntario delito de decir altivamente, noblemente, lealmente, su credo social y estético.

SILVIO LAGO



Metempsicosis



CUENTOS ESPAÑOLES

INSTINTIVO

CONFIADA en una promesa, llevaba tres años de trabajar en secreto para preparar su equipo de novia, cuando recibió una carta en que él se declaraba libre del compromiso. Habían sido sueños de niño, esas primeras ilusiones que todos se forman. La realidad surgía, apremiante: en la casa de comercio de Bilbao donde estaba colocado, le asociarían, si se casaba con la hija del dueño: era todo su porvenir aquella boda, y tiraría por la ventana el porvenir si la rehusase. Que Elvira se hiciese cargo, y le perdonase, y creyese firmemente en el cariño que había de profesarle siempre. La misiva era franca, de un tono cordial, con ribetes de humilde. La prosa hablaba por boca del antiguo novio. Lo que decía era cierto; no había respuesta ni objeción posible. Elvira, sin embargo, encontraba algo que oponer. Toda su juventud, que había sacrificado: iba a cumplir veintinueve y no había conocido otro amor, ni otra esperanza... Coser aquel equipo modesto, representaba cientos de noches de velar hasta el amanecer, con los ojos hinchados, la vista desvanecida. A cada puntada, se figuraba lo que la iba a suceder cuando estrenase la prenda, cuando Miguel se la alabase, cuando por ella se encandilase el amor... Y ahora, una carta... un pedazo de papel... y todo acabado...!

Sus nervios respondieron al golpe: cayó sobre el sofá, retorciéndose, conteniéndose para no gritar. Un diluvio de lágrimas desahozó la crisis. Lo demás lo hizo el hábito de la paciencia, contraído en ausencia tan larga. Una idea cruzó por su imaginación. ¿Sería una prueba a que Miguel la sometía? Acaso, porque él se había mostrado a veces celoso, dudoso, como sucede cuando se está lejos... Recogió del suelo la carta, la relejó... Era el tono de la verdad, de la amarga verdad.

No cabía duda.

Elvira no era romántica. Nunca se había dicho a sí misma, pensando en Miguel: «O su amor o la muerte.» Se muere de las tifoideas, de la tuberculosis, de las pulmonías: de amor mal pagado, no se muere. Estas eran las convicciones de Elvira. Al menos, cuando estuviese en su estado normal, sin pena aguda, sentada en su cierre de cristales, haciendo un dobladillo o pegando una puntilla... Pero, en aquel cruel momento de su vivir, con sinceridad, con sencillez, la muerte le pareció como la única solución que restaba. Empezar otra vez a forjarse un porvenir; arrancarse del alma, no sólo aquel cariño,

sino todo lo que era su consecuencia y su corolario, el hogar, la maternidad, que había cifrado en un solo hombre, y que no veía manera de cifrar en otro diferente, porque ni aun concebía la idea de que ese otro pudiese existir, ni ella darse cuenta de que existía... Creía, además, que para todo fuese ya tarde. No era el amor cosa que se repitiese; venía sólo una vez. Elvira era de la madera de aquellas cristianas de los tiempos primitivos, que escribían en su losa sepulcral «Univira»: De uno solo...—Y no había sido de ninguno; y la fatalidad quería que no llegase a serlo. ¿Qué objeto podía ya tener su existir?

Su madre había vuelto a casarse, a los dos años de morir el padre de Elvira. Y era feliz en las segundas nupcias: el marido, empleado de corto sueldo, la quería mucho y administraba bien la pequeña fortuna. Pero ni Elvira, ni su hermano Ramón, cesaban de abominar de tal boda. Ramón, por no vivir con su padrastro, a quien detestaba sin razón suficiente, se había ido a la América del Sur. Elvira, cuando pensaba en Miguel, se decía, ante todo, que al casarse, también ella dejaría de ver la odiada figura de padrastro. Su instinto de justicia la dictaba que no debía aborrecerle, pero hay antipatías que no se razonan, que están, por decirlo así, en la masa de la sangre, en el secreto fondo de nuestra sensibilidad, y Elvira no podía ni oír la voz del que para dentro llamaba «aquel hombre» sin experimentar una contracción repulsiva. Ahora—pensaba—toda mi vida a su lado; y estoy condenada a verle, a tratarle íntimamente, hasta que sea muy vieja, muy vieja...—Y añadía sin violencia, con convicción:—Eso no puede ser. Hay que evitar eso, a toda costa, de cualquier manera.

La tarde caía, cuando meditaba en estas cosas. Pudo alegar una jaqueca, y no bajó a cenar. No concebía tragar bocado, y por una sensación frecuente en los grandes dolores, en que los nervios actúan sobre el estómago, le parecía también increíble que ni entonces ni nunca pasase por su tragadero alimento alguno. Hasta despreciaba la tal idea. ¡Comer! ¡Para qué! Pensaba en lo que hubiera sido su casa, su mesita limpia y frugal, cuando con Miguel estuviese unida y se sentase el uno frente al otro, saboreando alegremente el pan, el cocido. Ahora...

Febril, daba vueltas en la cama. Se repetía a sí misma que «había que hacer algo, algo». Lo que fuese ese algo, ni aun lo presumía. Como la cuerda

de un reloj loco, su cerebro se desataba y disparaba en pensamientos sin ilación. Tan pronto se le ocurría que arrojarle por la ventana no debía de doler mucho, pues había oído decir que en ese género de muerte no se llega ya al suelo con vida, como resolvía tomar el tren, irse a Bilbao, ver a Miguel, no definía con qué objeto. Verle. Era como el sorbo de agua que pide por amor de Dios, en el campo de batalla, el herido agonizante.

Hay un suplicio en estas crisis psicológicas: ver amanecer, sin que en toda la noche se haya conciliado el sueño. El día—con sus llamamientos a la vida real, con la gente que se pone en contacto con la gente,—sucediendo a una vigilia de calentura, parece algo horrible, insoportable. Maldijo Elvira, en vez de bendecirla, la luz, que empezaba a filtrarse por las rendijas de las ventanas. Se enderezó en el lecho, saburrosa la boca, secas las fauces, dolorida la cabeza, molidos los huesos como después de una fatiga física muy larga y muy quebrantadora. Cuando por fin saltó de la cama, sintió náuseas. Prosaico fenómeno, bien diferente de las poéticas señales de sentimiento que se describen, en novelas y dramas, en casos como el de la abandonada, cuyo suceso se narra aquí. Náuseas, la sensación del mareo de mar, aunque Elvira no hubiese pisado nunca una playa, sujeta a la vida estrecha de Madrid por lo exiguo de sus medios... Y se apretó la frente con las manos, y devolvió la bilis, que como onda amarga invadía todo su cuerpo, derramándose por las venas y haciendo amarillear su tez... Se miró al espejo, maquinalmente.

—Fea, estaba muy fea... Era natural que Miguel la hubiese plantado. ¡Bah!

Y de nuevo tuvo otra explosión de lágrimas... Mordía la almohada, para no gritar. En las casas pequeñas, la queja no puede ser ruidosa. Al otro lado del pasillo dormían sus padres... ¡Sus padres! No. Su madre. Y aun esa, amodorrada en una dicha insípida, no era capaz de compartir los sufrimientos de su hija. Lo mismo que había dejado marchar al hijo, sin hacerle cadena de sus brazos, la dejaría morir a ella, tranquilamente...

¡Sola! Elvira estaba sola, para siempre, en este mundo que unas veces parece tan lleno, y otras es como llanura infinita, donde no pasa un ser humano, y todo es arena, arena y tierra secatonada, retostada por el sol. Se pasó un poco de agua por la cara, se puso el abrigo largo y el velillo, y a paso

LA ESFERA

furtivo salió de casa y bajó las escaleras. No sabía donde iba. Huía de sí propia, de su menaje, de su familia, de todo lo pasado, hasta del equipo, el bonito equipo orlado de espumas de encajes de imitación, pero finos y vaporosos, y tan lindamente marcado con cifras y escuditos, sobre el sitio que corresponde al corazón.

Al poner el pie en la acera, sólo sabía Elvira que no quería volver á su casa jamás. ¿Por qué? No ha-

vo, las arcadas. La buñolera, gorda y sucia, la daba los buenos días.

—Adiós, señorita Elvira, que aproveche el paseito, tan *trempano*... El día está hermoso...—Huyó, sin contestar. Las calles estaban solitarias aún, pero empezaban á poblarse; los primeros coches de punto rodaban rápidos, animados, todavía sin la cansera de la jornada laboriosa. Sacudían alfombras por los balcones las criadas madrugueras. Los ca-

rías. Ella callaba, callaba siempre, sorprendida de que no la fuese desagradable oír hablar de amor. La cara de aquel hombre, ni la había mirado; su voz era cálida, fresca, y su acento, andaluz. Elvira, al fin, alzó la cabeza, é hizo un gesto de negación, un solo gesto..., pero tan expresivo y trágico, que el madrugador Tenorio se desvió, viendo allí un dolor grande, algo terrible, sin duda, una historia seria, distinta de aquel dulce y ligero devaneo que inicia-



bía explicación alguna. En su casa no la trataban mal, al contrario; más bien con cariño. Lo que se hace reflexivamente es mucho menos de lo que se hace por mera impulsión, bajo el influjo de circunstancias y sentires. En tales momentos, cada cual es la suprema razón de sí propio, y nadie puede preguntarle el móvil de sus actos. Aun entre las acciones excusables ó lícitas, hay muchas que no se justifican, que no tienen un fin determinado. Por otra parte, nadie le preguntó nada á Elvira. En su abandono, al menos era libre.

Sentía como un gran vacío en todo su sér. Acaso fuese hambre. El olor de los buñuelos que freían en la buñolería de enfrente la estomagó. Notó, de nue-

fés se abrían. Elvira apretó el paso sin saber lo que la apremiaba. Un mozo guapín, acaso un estudiante, se cruzó con ella, la miró y la dirigió una sonrisa luminosa, juvenil. El piropo brotó como espontáneo:

—¿Qué guapa es usted, y qué triste está!

Las lágrimas acudieron á los ojos, ante este consuelo inesperado. ¡Guapa! ¡Había quien la encontraba guapa, después de haberla abandonado Miguel!

—¿Me permite usted que la acompañe?

Ante el silencio de Elvira, el mozo emparejó con ella. La hablaba de cerca, al oído, brindando desayunos, ofreciendo cariños, susurrando galante-

ba. Hasta le había parecido ver lucir en aquellos ojos un fulgor de insensatez... Y se detuvo y la dejó avanzar.

Ella siguió, subiendo hacia Alcalá. La batahola de los tranvías la aturdió un instante. La inspiración fué rápida, casual. Con la lucidez que se desarrolla en los momentos supremos, calculó el movimiento perfectamente. No se arrojó hasta que ya no pudo el conductor frenar poco ni mucho. El pesado vehículo pasó por encima del pecho, magulló contra el corazón las costillas. Instantáneo todo.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN

DIBUJOS DE ECHEA

EL CENTENARIO DE SANTA TERESA

LA GLORIA DE ALBA DE TORMES



El convento de las Carmelitas de Alba de Tormes, en el que tuvo su clausura Santa Teresa de Jesús

ESTA tarde llega la Madre Teresa de Peñarandilla. Llenas de alborozo y de júbilo están en el convento de Santa Isabel, Sor Juana la Madre Superiora; Sor María de la Luz, maestra de novicias, y Sor Clara, la dulce hermana tornera. Nuevas de la Madre Teresa demanda un paje de los señores duques. El administrador de los Alvarez de Toledo, Francisco Velázquez, mora en frente del convento.

El paje penetra en el vestíbulo del convento franciscano; tira de un cordelillo; una esquilla resuena retozona. Sor Clara replica muy dulcemente:

—¡Alabado sea Dios!

—¡Alabado sea Dios! ¿Hay nuevas de la Madre Teresa? — pregunta el paje.

—Nuevas hay. Esperámosla hoy mesmo. ¿Viene de parte de la señora Duquesa vuesa merced?

—De parte de la señora vengo. Ya sabe vuesa reverencia — insinúa el lindo paje Juan García, de la familia de los Garcías, los hidalgos de la casa de la Pizarra — los proyectos que tiene mi señora la Duquesa.

—De ellos habló su prima Sor Juana — desliza Sor Clara, iniciando el palique. — ¿Don Francisco Velázquez dotará el nuevo monasterio?

—Dotarálo.

—¿Y la Madre?

—Para elegir el sitio viene la Madre Teresa.

—¡Ay, Dios! — replica graciosamente la hermana tornera. — ¡Menguadas vamos á quedar las hermanas franciscas sin la protección de la

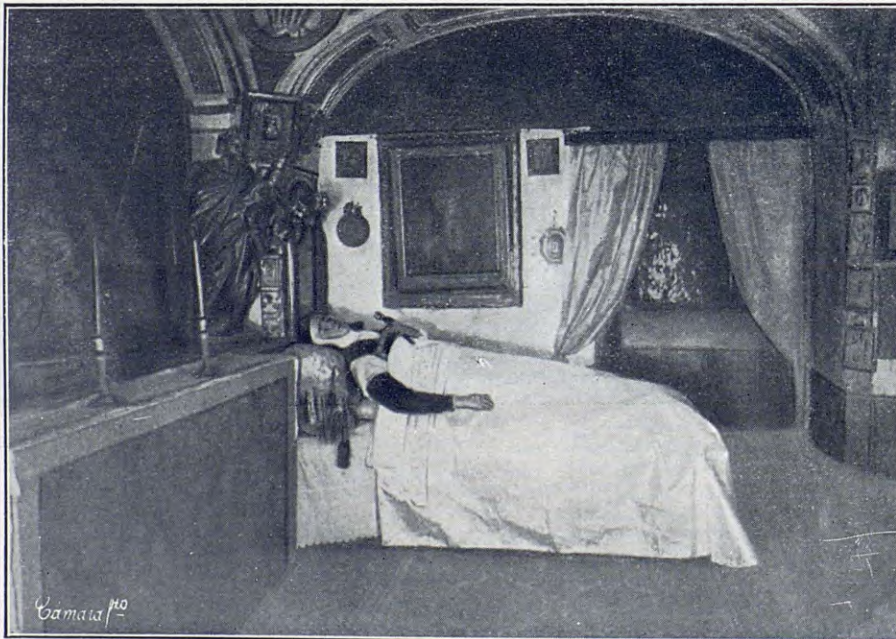
señora! Oiga: si no se remoja el campanario, vendrá á tierra. Oiga: sucia quedará la iglesia, sucia y negra como alma de pecador, si no la blanqueamos presto. Oiga: la tapia de la huerta caerá con tanto remiendo y pegote como la hemos hechado.

—No tema vuesa reverencia — ataja el paje con solemnidad; — los escudos de la casa de mi señora son los escudos del convento.

Suena una campana dentro.

—Aguarde vuesa merced — dice Sor Clara, alejándose del torno.

Juan García contempla el vestíbulo. Es pobre, es sencillo, es humilde, como San Francisco, el iluminado de Asís; limpio y alegre como Santa Clara; sonriente como la misma Porciúncula. Un Cristo en la Cruz, con los cabellos ensangrentados, con la mirada dura, muestra sus llagas al paje. La mañana es dulce. La calle de San Francisco es entonces el centro de la villa. Discurre por ella, todo el día, mozas fornidas, pajes desenvueltos, recaderos de monjas, dueñas de palacio sabidoras de las tretas y murmuraciones que corren por la villa, soldados viejos que cuentan grandes mentiras de Italia y de Flandes, donde fueron á pelear á las órdenes del Duque.



Celda donde murió Santa Teresa de Jesús, en el Convento de las Carmelitas de Alba de Tormes

El paje espera el nuevo recado de la hermana tornera.

—¡Alabado sea Dios, hermano!

—¡Alabado sea, Sor Clara!

Gira el torno levemente. En él aparece un envoltorio.

—Son confituras para la Duquesa, mi señora—dice Sor Clara.—Y díjala que acepte los rendimientos de Sor Juana, su prima, y nuestra Madre Superiora, y de Sor María de la Luz, y de Sor Francisca, y de toda la comunidad. Y que se la pasará recado cuando llegue la Madre Teresa.

Sale Juan García del vestíbulo.

Ya en la calle, piropea á una buena moza; charla con los vecinos; detiéndose á la puerta de Francisco Velázquez con unos labriegos que conducen piedra de Martinamor. Salen unos devotos de la iglesia de San Martín.

Dos padres franciscanos, de luengas barbas blancas, entran en casa de Velázquez, que su esposa, doña Teresa de Loyz, está harto quebrantada y enferma. El paje, por la ronda de Santiago, se dirige al castillo. Aún torna á retozar con otra moza y aún se detiene, en la botillería del Manco, con un soldado bisoño, escanciando ese vinillo alegre, suave, dulce, un poco traidor y embustero, de las viñas de Cordovilla y de Babilafuente, que llena las cantarillas de los artesanos, las cubas de los duques, las repletas bodegas, como catedrales, de San Leonardo.

ooo

La Madre Teresa viene de camino, animosa y alegre, por el alto de Garcihernández. Viene de Medina, por Peñaranda, y apenas se ha detenido una noche para descansar en Madrigal de las Altas Torres, y breves momentos en Coca, en casa de una buena mujer, que ha hecho grandes aspavientos de admiración al hallarse en presencia de una monja, decidida y valiente, que no teme la soledad en los caminos, y que, lejos de rehuir, provoca y anima la compañía del pueblo. Breves momentos ha pasado la Madre en Coca, en casa de la buena mujer, que se hace preciso llegar á Alba antes de cerrar la noche. Y para siempre ha quedado prendada, la humilde mujer, de la Madre. Teresa le ha preguntado por los hijos.

Como tuviera una linda chiquilla en la cuna, Teresa la ha besado y festejado, sin encojimiento; luego ha lavado y fregoteado á otra mayorcita.

Ha comido Teresa con la familia, frugalmente. Aún quería la buena mujer regalar y festejar más á la madre, que viaja graciosamente en una mula.

De camino, Teresa contempla por vez primera el pueblo de Alba, donde ha de morir algunos años después. La entrada es muy hermosa por aquel paraje. El torreón del castillo está adosado á una galería cuadrada de ocho lienzos y de diez



LA MUERTE DE SANTA TERESA
Cuadro existente en el Convento de las Carmelitas,
en Alba de Tormes

arcos por lienzo. A la conclusión de la galería, se inicia un patio de armas; luego del patio, una enorme casona, y al remate de la casona, paneras, carroceras, corrales... Frente al convento de Santa Isabel, la iglesia de San Martín. Alba no es ni más ni menos que su castillo; hasta las iglesias parecen pedirle protección. La vega se extiende á lo lejos, limitada por la mancha gris de unos encinares y por la faja pizarrosa de una colina; á lo lejos, por el telón azul, levemente esfumado de la Sierra; unos murallones, de frente, rompen la monotonía de la serena visión. La villa se extiende hasta San Leonardo, y más atrás de la espalda de San Leonardo, el manchón cárdeno de las viñas, el verde brillante del centeno, un arbolado gracioso más arriba.

Teresa llega al pueblo á la caída de la tarde. El cielo está radiante y puro. El sol se hunde entre fulgores cárdenos, rojizos. El Tormes refleja temblorosamente la sangre del crepúsculo. Unos chicuelos cantan el romance de Blanca-Flor en el atrio de San Martín. Uno de ellos enseña á la Madre el camino del monasterio de Santa Isabel. Momentos después, en el locutorio, charlan animadamente la Madre, la vieja duquesa, un carmelita calzado, Francisco Velázquez, el corregidor que es varón docto y cristiano. Todos están prendados del despejo, del donaire, de la franqueza de Teresa; sobre todo, Sor María de la Luz, no puede disimular su júbilo. Francisco Velázquez dotará el nuevo monasterio con rentas convenientes; la duquesa le ayudará, como está puesto en razón. Los terrenos están cerca de la vega, dominándola. Teresa quiere aire, luz, espacio, para que vuelen sus monjitas.

—Es de harta recreación mirar la vega—exclama la Madre.—Desde el camino vengo prendada de su hermosura y lozanía.

ooo

Teresa, enferma, achacosa, triste, llena de quebrantos y de agobios, viene por segunda vez á Alba, á su convento reformado de la Anunciación. Duras han sido las pruebas con que el Señor ha querido templar su fortaleza. En Avila, un vocero, un abogado presuntuoso y charlatán, ha dicho, delante del Justicia, en pleito que ventilaba la familia de la madre, que la virtud de Teresa es escasa y suelta su lengua. En Valladolid, la priora la ha tratado con despejo. En Medina del Campo, unos hombres han apedreado la diligencia en que viajaba, y han armado gran estruendo y alboroto, llamándola mujer correntona y liviana, mujer sin seso y poco asustadiza, con otros disparates dolorosos por el estilo. Tantos golpes seguidos han hecho mella en el espíritu de Teresa. Doña María Colón y Henríquez, duque-

sa de Alba, ha obtenido del Provincial de la Orden que la madre vuelva á la villa de sus blasones. Por eso Teresa está en Alba, donde ha de morir algunos días después.

La celda de la madre mira á la vega. Teresa, después de comulgar, desmayada y floja, se ha puesto á contemplarla, sin que Sor Ana de San Bartolomé, que la es tan devota y aficionada, haya osado romper el encanto de la contemplación. Unos pinos bordean las orillas del río, que han cantado galanamente poetas y trovadores. El puente está lleno de viandantes—gañanes, canteros, soldados ociosos y aburridos, que pasan todo el día contemplando el río, rompiendo su mansedumbre de lago con una piedra, viendo cómo se forman rápidamente círculos y más círculos que se ensanchan, que desaparecen, que tornan á formarse.—Las lavanderas cantan, palmotean, chillan, juegan con las aguas, contentas. Al remate del puente se destaca, preciosa, la mota blanca de la ermita de Nuestra Señora de la Guía, cuyas espaldas están resguardadas con una colina. De allí arranca la calzada de Salamanca, cuya línea se pierde á la derecha entre los árboles, para destacarse nuevamente, en zigzag, junto á unos ventorrillos, á la vera de un altozano. La ermita, la calzada, llevan el recuerdo de la Madre á sus viajes, á sus ajetreos, á sus fundaciones por los pueblos áridos y secos de Castilla. En esos viajes lentos, incómodos, oyendo al pueblo humilde, empapándose de sus amarguras, de sus anhelos, de sus esperanzas, ha formado Teresa el hechizo de su lengua, repleta de modismos populares, de provincialismos, de giros plásticos y graciosos. En esos ajetreos ha llegado Teresa al corazón de su Castilla. Con la experiencia de sus fundaciones, la tristeza, la amargura, forasteras en su ánimo alegre y generoso, han puesto una nota grave, freno poderoso al ímpetu de su franqueza y de su generosidad.

Teresa está muy enferma; Teresa va á morir; sus ojos han perdido su fulgor inteligente; sus labios, blancos y descoloridos, se mueven perzosamente, con desmayo. Contempla la vega por última vez; sonríe con tristeza. Sus ojos vagan absortos, de aquí para allá, pensando que también su espíritu, como el paisaje que tanto ama, ha sido sereno, plácido, luminoso y tranquilo.

Suena una campanita conventual. La Madre se dirige al coro.

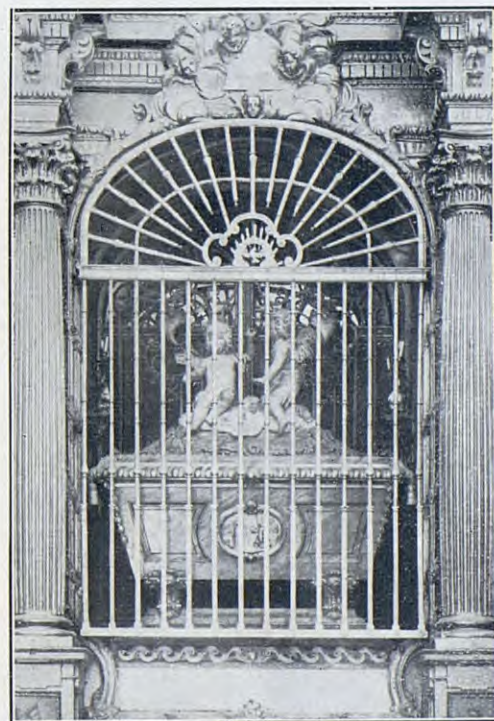
Y aún tiene su última mirada de comprensión abierta, de infinito amor por la Naturaleza; aún sus ojos se posan con insistencia en la ermita blanca y en la sinuosa calzada salmantina. El cielo es azul y las aguas azules como el cielo. Las lavanderas siguen cantando, palmoteando, chillando, jugando con las aguas, contentas de la hermosura del día...

José SANCHEZ ROJAS

Alba de Tormes, Abril, 1914.



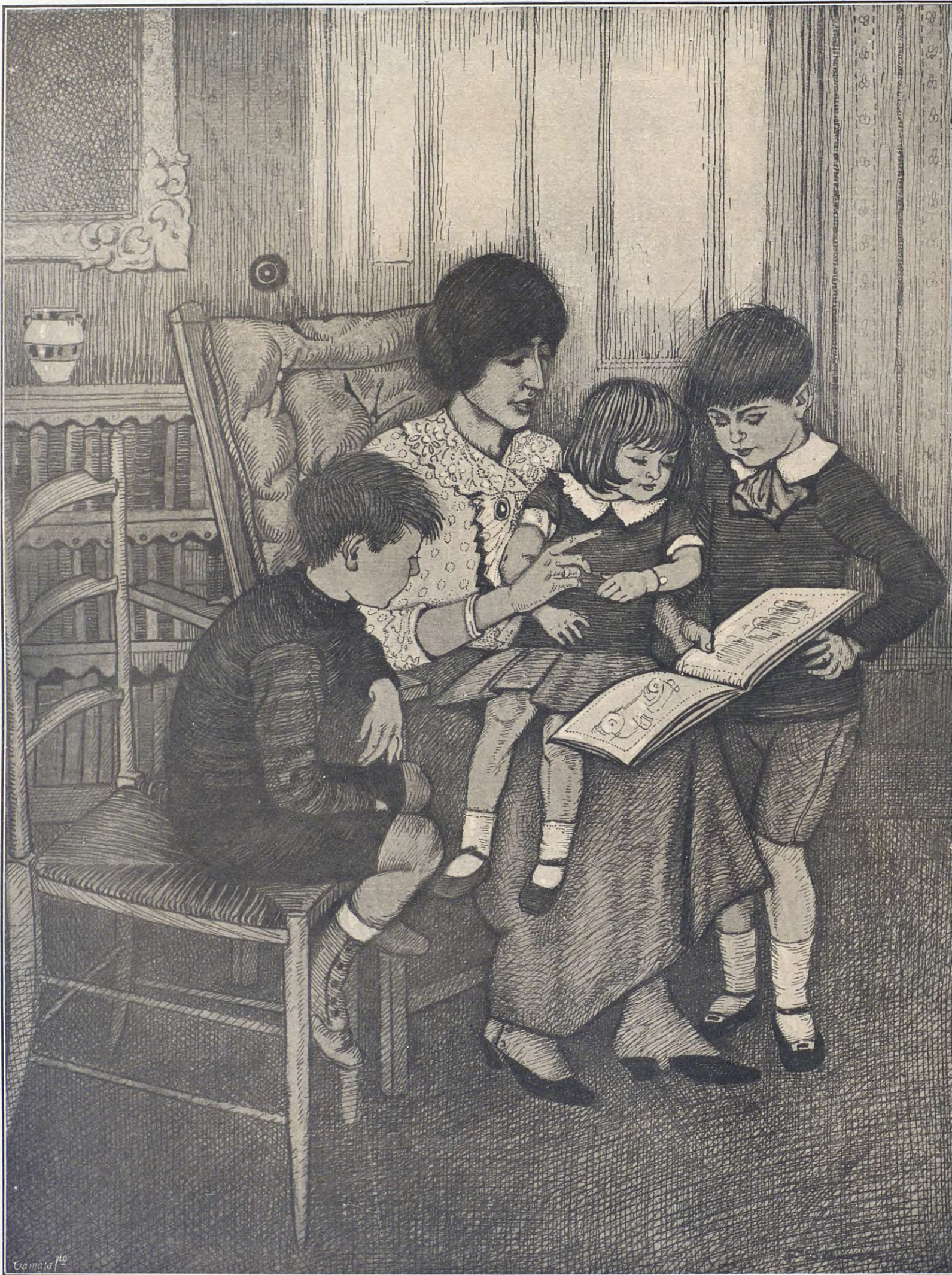
Camarin de la iglesia de las Carmelitas, en Alba de Tormes, donde está el sepulcro de Santa Teresa



El sepulcro de Santa Teresa en la iglesia de las Carmelitas, en Alba de Tormes

FOTS. VDA. DE OLIVAN

ESCENAS FAMILIARES



EL LIBRO DE ESTAMPAS, por Sancha



LA MODA FEMENINA



VAMOS hoy á hablar sin orden ni medida. Dejadme, queridas lectoras, que me abandone siquiera una vez á mi nerviosidad y que os diga de muchas cosas, sin someterme á dar mi opinión sobre el sombrero ó sobre esta ó aquella forma del vestido únicamente.

Yo, por mi gusto, contaría siempre mil cosas opuestas y si pudiera conseguir decir las mil cosas distintas al mismo tiempo me parecería muchísimo mejor. Mi idiosincracia es esa. Vuelo de mariposa que va del bravío clavel al dulce lirio, de la rosa altiva á la violeta humilde que esconde entre las hojas el tesoro de su rico perfume, mejor que seguro vuelo de águila caudal ganadora del pico de la elevada roca desde donde en postura hierática, con quietud de esfinge, otea la inmensidad de los horizontes azules. En resumen: odio todo lo serio, lo grave, lo metódico, lo que se ajusta á una norma recta é infalible. Prefiero á la severidad de una conferencia donde un señor calvo, porque casi todos estos importantes señores son calvos, se lleva hablando solo horas enteras sin que casi nadie de los que le miran le escuchan, una reunión de alegría en la que

que juegue su color con el del traje y que predomine en ellas la sencillez, madre de la distinción, del arte en el vestir y de la elegancia en la persona. Y fijándose un poco ¿no les parece á ustedes un contrasentido que se haya acordado la Moda de imponernos ahora la capa? En plena primavera, sintiendo en la sangre el latir de la juventud, frente á los cálidos días del estío, la capa parece una cosa arbitraria. Pero hay que aceptarla por las mil comodidades que ofrece, en cambio. Más arbitraria y de más contrasentidos que la vida misma ¿qué hay? ¡Y á ver si se encuentra quien voluntariamente se quiera marchar de ella!

No sé qué indicar del porvenir de unos velillos de sombrero para el paseo ó la visita de la noche. Son estrechos y finísimos, tienen sutiles cenefitas de encaje y se sujetan al ala del sombrero, dejándoles caer hasta cubrir los ojos. A mí no me seduce la invención. Los ojos bonitos deben presentarse libres de obstáculos. Son el alma, la alegría, el enojo y lo que es más interesante en muchos casos: un elocuentísimo medio de comunicación secreta...

ROSALINDA

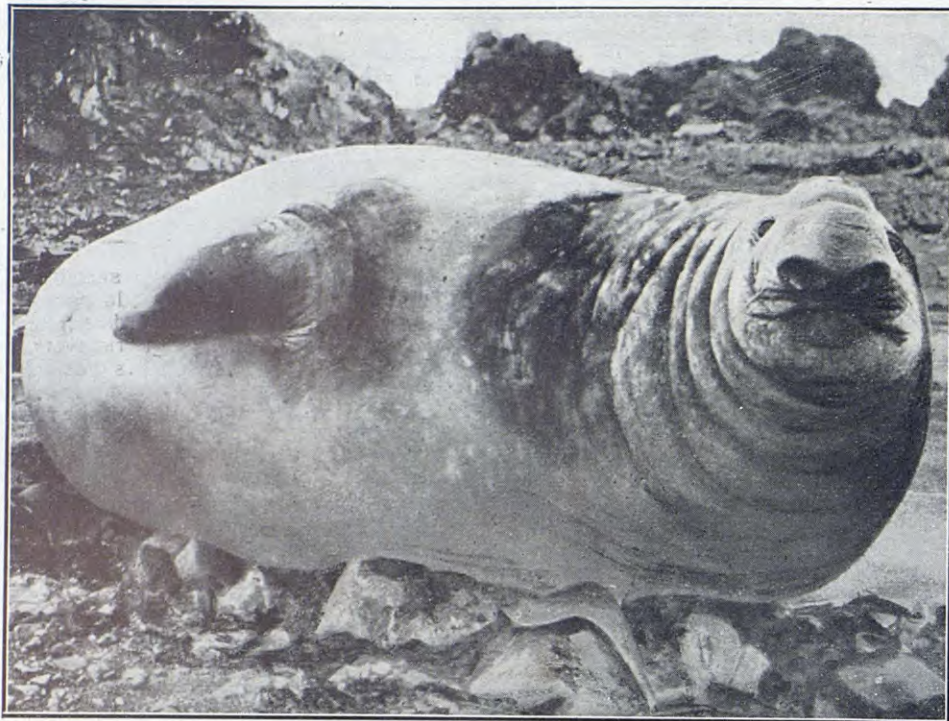


Cuatro preciosos trajes de teatro y "soirée", última palabra de la moda. Modelos de la Casa García-Moreno y Compañía, Príncipe, 26, y Plaza de Santa Ana, 7, Madrid

la risa cascabelee discretamente su sonar de oro y en la que ellas y ellos hablen á la vez en una encantadora algarabía donde todo se entiende aunque parezca imposible y aunque parezca también que no se escucha. Pero en fin, basta ya de preámbulo.

¿Qué me dicen ustedes de las capas *dernier cri* de la moda primavera? No frunzáis el lindo ceño ni compongáis un mohín de disgusto. Al hablaros de estas capas no quiero ni remotamente recordaros aquellas otras del cuello á lo Médicis armado con crenolina que fueron un tormento y un alarde de mal gusto. Me refiero á las nuevas, á las del mismo corte y estilo casi, que la legendaria capa española. Tienen una gran ventaja aparte de las de su comodidad y utilidad. La de ser factible de usarse lo mismo para abrigo de tarde, que para toilette de mañana, que para visita, paseos ó deportes. Se hace de seda ó de paño y es muy distinguido





Un magnífico ejemplar de elefante marino, capturado por la expedición Mawson

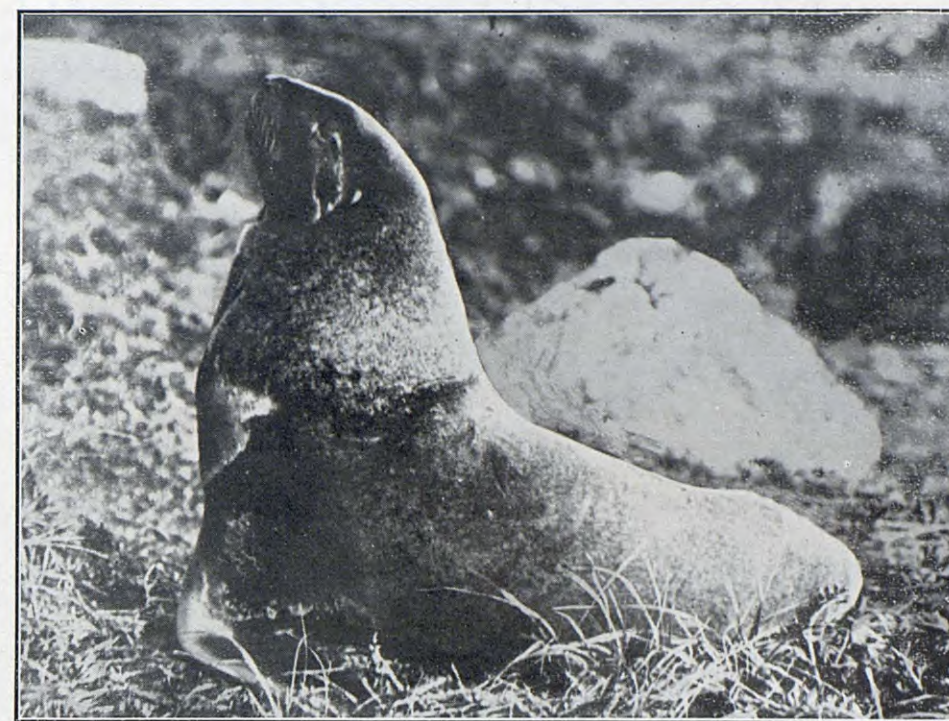
A PARTE de otras conquistas científicas, la reciente expedición Mawson, á las aguas del Antártico, ha realizado importantes observaciones relativas á la extraña y formidable fauna que puebla dichos mares, sobre todo la isla Macquarie, en el Sur del Pacífico. Esta isla, absolutamente desierta, ofrece, según parece, á la industria, un verdadero tesoro, algo más positivo que las fantásticas riquezas piratescas de que hablan todas las novelas de viajes y aventuras. En ella tienen, en efecto, los pingüinos, alcas ó pájaros bobos, su cuartel general antártico, reuniéndose por centenares de miles para celebrar sus misteriosos apareamientos. Estas palmípedas, cuyo principal alimento está constituido por los peces y los crustáceos, son ricas en grasa aprovechable para usos industriales. Las orillas de la isla son frecuentemente visitadas por monstruos marinos como el llamado «elefante de mar», curioso mamífero acuático, caracterizado por su abultado y prominente hocico. Terrible devorador de crustáceos y de pesca, almacena en su deforme cuerpo enormes cantidades de aceite; hasta ahora no había sido observada su presencia en los mares australes. La isla Macquarie parece ser uno de los pocos lugares de su predilección, como la del denominado «león marino», cuya fotografía también reproducimos, y que es otro excelente depósito de grasa. De lo que la industria puede obtener con la explotación sistematizada de dicha isla, baste saber, que la grasa del elefante marino se cotiza á 21 libras esterlinas la tonelada, y la grasa del pingüino á



Cabeza de un leopardo marino, de la Isla Macquarie



Polluelo de Albatros, de la Isla Macquarie



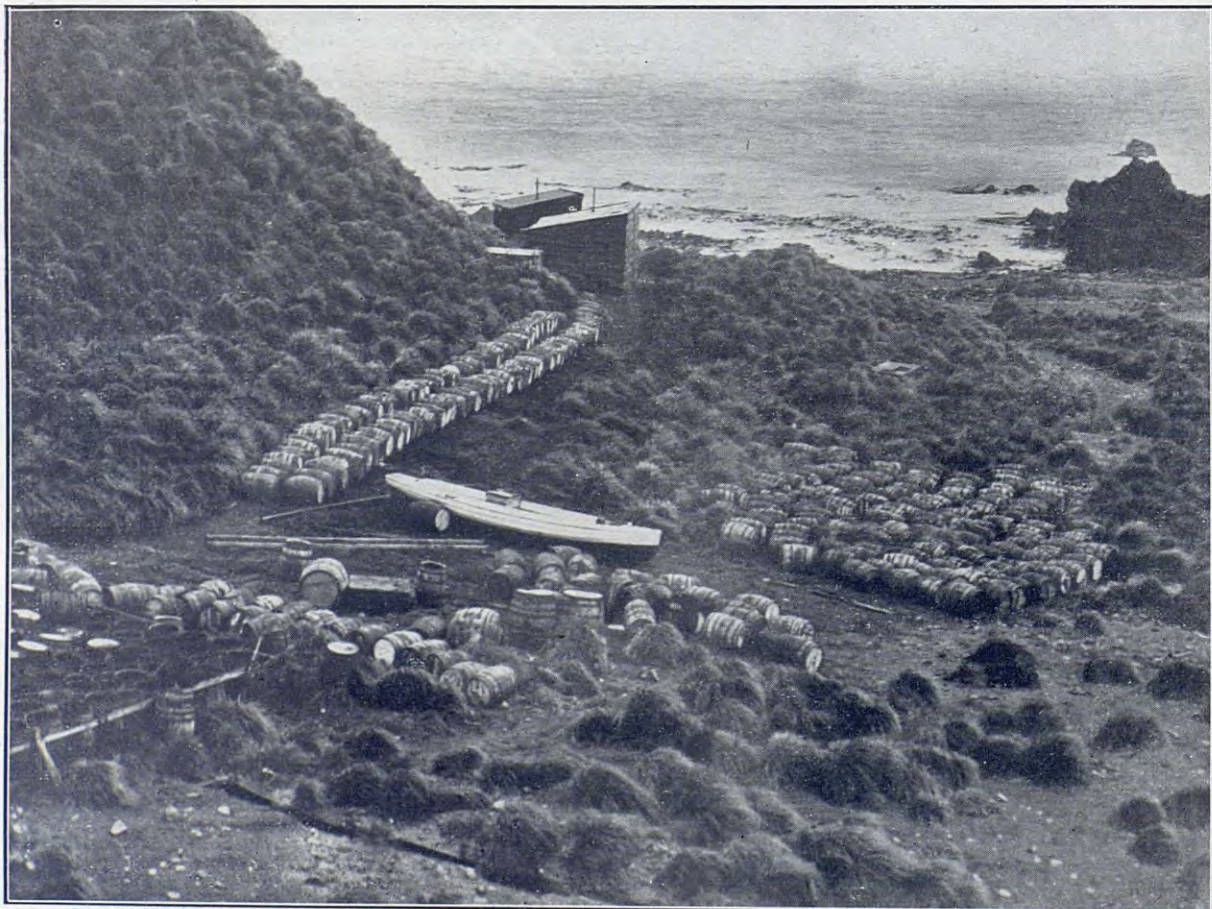
Un león marino capturado en la Isla Macquarie por la expedición Mawson

18 libras. El primero de dichos animales rinde unos 750 kilogramos de grasa por individuo adulto, tal como el que presenta una de nuestras ilustraciones. La expedición Mawson la constituyen, además de dicho hombre de ciencia, el biólogo Hamilton, el meteorólogo Ainsworth, el geólogo Blake y los ingenieros Sawyers y Sanders.

Hállase situada la Isla Macquarie al S. S. E. de la Australia, en los 50° 40' latitud Sur, y 160° 21' longitud E. de Madrid. Tiene unos 450 kilómetros cuadrados de superficie y es tierra montañosa, desprovista de vegetación y con costa de difícilísimo abordaje.

Descubierta en 1811 por Walker, nunca había sido explorada á fondo hasta el momento de abordar á su orilla la expedición Mawson. Fué una larga y dolorosa aventura la de esos cinco héroes, que por cruel ironía del destino, mientras les permitía descubrir inmensas riquezas industrializables, llegó á privarles poco á poco de todos los medios de subsistencia en ese desolado rincón de la Australasia, y del que ni el más ingenioso Robinson Crusoe, ni aquel gran improvisador de maravillas que creara la fecunda imaginación de Julio Verne, en su *Isla Misteriosa*, hubiera podido sacar partido.

Por fortuna para los exploradores, cuando ya desesperaban de vivir, la llegada de una nueva expedición subvencionada por el Gobierno de Australia, les llevó los medios de subsistencia indispensables, repatriándolos á Londres, en donde un editor avisado se propone publicar el interesante relato de la exploración.



Depósito de aceite de pingüinos en la Isla Macquarie



El doctor Mawson y sus cuatro compañeros de expedición



Parte de un enorme ejército de pingüinos en el litoral de la Isla Macquarie

LA ESFERA

MARRUECOS PINTORESCO



UNA CALLE DE TETUAN

FOT. C. DE LA MAZA

LA ESFERA

BELLEZAS ARISTOCRÁTICAS



SRTA. BLANCA ARAGÓN Y CARRILLO DE ALBORNOZ, HIJA DE LOS MARQUESSES DE CASA TORRES

Esplende esta página con vivos fulgores de belleza. Blanquita Aragón y Carrillo de Albornoz, hija de los marqueses de Casa Torres, le presta el encanto singular de su hermosura señorial y de su aristocrática distinción. Fina, gallarda, esbelta, su figura gentil conquista y su rostro ideal reflejo de la suprema bondad de su alma, subyuga. Sobre la línea purísima que encierran las rosas de la cara en un óvalo perfecto, los artísticos bucles caen como una lluvia de sedas. En la

frente blanca destacan su obscuridad las cejas delgadas, perfectas, sutiles, como trazadas por el pincel brujo de Rafael el divino y bajo el amparo de aquellas, sombreados por la defensa de las pestañas, los ojos hechiceros, adormecidos, clavan la mirada en lo hondo del pecho bañando al espíritu en la dulce luminosidad de sus pupilas. ¡Ojos evocadores de un mundo de ensueños, de una vida toda idealidad! ¡Mágicos ojos, dignos de los mejores madrigales de Cefina!

LOS SALONES DE PARÍS SILUETAS DE ARTISTAS



PAUL CHABAS

En estos días vanales y floridos París inaugura sus Exposiciones. Aquel simbólico adolescente de Villette que, vestido como un personaje de Watteau, iba repintando de verde las ramas de los arbustos, puede descansar de su tarea y orientarse de paso estéticamente, entrando a cualquiera de estas exposiciones.

Sin contar las particulares ó personales ó de grupos colectivos de escasa importancia, en París se celebran actualmente cinco grandes Exposiciones: la Nacional, la de Artistas Franceses, la de Humoristas, la de Independientes y la de Arte Decorativo inglés. De todas ellas nos iremos ocupando sucesivamente.

Los dos «Salones», respondiendo á sus sendas tradiciones, representan todos los aspectos sanos del arte contemporáneo, desde las rebeliones lógicas, fundamentadas en sólidas bases técnicas, hasta las viejas tendencias de los artistas que florecieran á últimos del siglo xix.

Antes de hablar de las obras, mencionemos algunos de los expositores, esbozemos algunas rápidas siluetas de las figuras más importantes.

Los presidentes

A no ser por este hecho de presidir el uno la Sociedad Nacional y el otro la de Artistas Franceses, no hablaríamos de Roll y de Mercié. Ambos tienen una personalidad mediocre demasiado definida dentro de la insignificancia amanerada.

M. Roll preside la Sociedad Nacional y presenta en ella los dos paneles laterales del enorme *plafond*, pintado para el «Petit Palais». El año anterior presentó la parte central, que representaba la «Apoteosis de la República», y medía 7 metros por 15. Estos paneles laterales son cada uno de 7 metros 50 centímetros por 4. Como veís la obra es gigantesca de tamaño. De tamaño nada más, porque el señor Roll dista mucho de ser un panelista como Alberto Besnard, por ejemplo.

Tampoco el señor Mercié, presidente de la Sociedad de Artistas Franceses, es un artista vigorosamente definido. Es pintor y escultor. Los escultores que tienen mala lengua dicen que pinta muy bien; los pintores dicen lo contrario, en



ROLL

Presidente de la Sociedad Nacional de Bellas Artes

justa reciprocidad. El arte de Antonin Mercié es relamido, de un academicismo convencional y burgués. Autor de los monumentos á Meissonnier, á Gounod, á Courbet y á Musset, es, también, el «escultor oficial» de *Los Anales*, la revista académica de Adolfo Brisson.

Leon Bonnat

Es tal vez el más viejo de los pintores franceses. Tiene ochenta y un años y todavía trabaja en su estudio y concurre á las Exposiciones desde 1859. Por su vida, por su arte han pasado los más distintos episodios y las más opuestas tendencias sin alterar su temperamento y su pintura.



ANTONIN MERCIÉ

Presidente de la Sociedad de Artistas Franceses



F. AMAND-JEAN

Logró reunir una riquísima colección de obras artísticas antiguas y la regaló á Bayona, su ciudad natal, donde se conserva en un Museo que lleva su nombre.

El último cuadro de Bonnat, es un retrato de Ingres. Bonnat copia al gran pintor de un daguerreotipo que los años han ido borrando.

Finalmente, Bonnat tiene para nosotros los españoles un recuerdo romántico. Vivió en Madrid cuando joven y fué discípulo de Federico de Madrazo.

Todo esto tan lejano, tan hundido ya en sombra, nimba ahora de respeto la figura del anciano artista...

Aman-Jean

Como Gaston La Touche, muerto recientemente, Francisco Aman-Jean es un luminista. Pero mientras Gaston La Touche amaba las armonías y los ritmos de la luz sobre parques, jardines y fuentes de la naturaleza, en fin, civilizada, Aman-Jean ama ese mismo ritmo armónico en las figuras de mujer.

Nacido al arte en pleno impresionismo, discípulo de Lelunann, Aman-Jean supo destacarse bien pronto por una intensa y penetrante dulzura melancólica que ponía en todas sus obras.

Actualmente cultiva el pastel con preferencia á todos los demás procedimientos pictóricos. En su envío de este año, que es un panel decorativo de asunto mitológico titulado «Toi, valet de Amphitryon?» resalta esa característica finura, ese ambiente dulcísimo y sutil, ese ritmo plácido y bello de los cuadros del gran pastelistas. Pocos pintores de mujeres podrán decir como él que no falsea, adulando, la femineidad, sino que la depura, la quintaesencia con la gracia armoniosa del estilo y del color.

Augusto Léperre

En contraposición de las delicadezas coloristas, de la vaguedad soñadora de Aman-Jean, surgen las aguas fuertes, los *bois* de Augusto Léperre. «Artista proteico» le llamó en otro tiempo Gustavo Kahn, y á fe que el adjetivo era exacto.



M. JALLOT

Augusto Lépere es pintor, ceramista, acuafortista, grabador en madera, decorador de encuadernaciones, litógrafo, tipógrafo. Nadie como él conoce las artes del libro; nadie como él podría dirigir una Escuela especial donde se cultivaran todos los procedimientos relacionados con ese arte. Pocos habrán interpretado como él la «colaboración» del artista con el escritor en la ilustración de obras literarias.

Recordemos en este sentido, los dibujos de *Libro normando*, de *Los amigos de los libros*.

Pero donde se manifiesta más vigorosa, recia y admirable la personalidad de Augusto Lépere es en el aguafuerte. Sus planchas, sus «estados» son inconfundibles.

Paul Chabas

He aquí otro gran artista que ha pintado siempre, con preferencia á otros asuntos, dos bellezas inquietantes: la mujer y el agua. Su revelación fué, sin embargo, como retratista de hombres, en una composición de conjunto en la que



ANTONIO DE LA GÁNDARA



LEON BONNAT

figuraban los retratos de Leconte de Lisle, Coppée, Daudet, Sully-Prudhomme, Julio Bretón, Theuriot, Claretie, Bourget, Hervieu, Prevost y otros.

Pero no busqueis en el Chabas actual á este que buscara la psicología de escritores contemporáneos en las líneas de los viriles rostros. Chabas ahora pinta mujeres desnudas á la orilla de lagos, de arroyos ó del mar, de un mar tranquilo, azul, el Mediterráneo de las leyendas paganas. Su cuadro de este año, en la Sociedad de Artistas Franceses, se titula *Tarde de verano en el lago de Annecy*. Y no faltan, claro es, las rosadas alegrías de unas muchachas desnudas, que sonríen jugando con los inquietos y luminosos cristales del agua...

Y en nuestro arte, acaso demasiado austero, que participa más de la sombría exaltación del Greco, que de la pasional luminosidad de Goya, no estaría de más un poco de *chabanismo*, con sus dos alegrías: la del agua, la de las mujeres desnudas...

La Gándara

Si Chabas pinta las mujeres bien desnudas, Antonio de la Gándara pinta las mujeres bien vestidas. Tal vez demasiado bien vestidas. Le disputa á Boldini, á Hellen, el cetro de la pintura de elegancias y suntuosidades modernas.

Este año La Gándara vuelve á su antiguo género. A pesar del orgullo que le han impuesto sus triunfos en la aristocracia y el cocotismo francés, y en el mundo de rastacueros sudamericanos, La Gándara comprendió que su *Don Quichote*, de 1915, era una obra ridícula y falsa. Torna á pintar encajes, y sedas, y joyas, y mujeres imperializadas.

La señorita O'Kin

Y, para terminar, una silueta femenina. La señorita O'Kin, que como la señorita Crisante de Loti, es una japonesita menuda, inteligente y artística.

La señorita O'Kin tiene un bello nombre que suena bien



AUGUSTE LÉPERE

en las bellas obras suyas. Tiene una figurita de *musmé* y hace joyas, bibelots y adornos para *musmés*.

Está casi incorporada al arte francés, pero no se ha contagiado del arte francés. Trabaja como en su tierra de cerezos floridos, de puentes de juguete y de pasitos cortos, de los pies menudos, aprisionados en minúsculos zaparos de cristal.

La señorita O'Kin, rodeada de idolillos, de telas, de porcelanas, de bronces orientales, cultiva, como un jardinero, sus plantas de ensueño y las hace florecer sobre el marfil, sobre el papel de arroz, sobre las telas y los metales preciosos, en luminosa evocación.

Es como si cantara también bajo el cielo brumoso de París, las poesías de la ausencia, de las infinitas melancolías...

Porque el arte de la señorita O'Kin es tan esencial, tan puramente japonés, que recuerda siempre poéticas comparaciones de flor, de canción y de *musmé*, atravesando un puentecillo bajo los cerezos...

S. L.



MLLE. O'KIN

MONUMENTOS ESPAÑOLES

SANTO DOMINGO DE SILOS



Vista panorámica del Monasterio de Santo Domingo de Silos

EN medio de la desolada planicie central de Castilla la Vieja, equidistante de la magnífica ciudad de Burgos—*Caput Castellae*—y de la villa de Osma, se alza el monasterio de Santo Domingo de Silos, cuya fundación se ha querido atribuir á Recaredo. Silos era el centro geográfico del reino visigótico; no tenemos, sin embargo, en el cronicón de Juan Biclarense ningún argumento expreso que nos haga atribuir la fundación del monasterio al que tantos otros fundó, *ecclesiarum et monasteriorum conditor et dator*; y al que soñó, sobre todo, aquel gran monasterio ideal de la unidad católica que aún hoy entusiasma á los enamorados de lo retrospectivo...

La abadía se encuentra á 982 metros sobre el nivel del mar; el clima es el áspero y rudo clima de la gran planicie central, agravado por la vecindad de las sierras y por la permanencia de la nieve. El aire es de una pureza incomparable; el cielo, siempre despejado, buen cielo de Castilla... «Está rodeado el lugar de grandes montes, altos y muy ásperos collados, y estériles peñas, por lo cual es la tierra muy estéril de pan y totalmente de vino, si bien abundante de ganados, yelos, nieves y fríos, bien sana por la pureza de los aires...»

Así escribe Gerónimo de Nebreda en su bello libro *Del monasterio de Santo Domingo de Silos, sus principios y sucesos*, 1578.

Alfonso de Cartagena obispo de Burgos, en sus *Annalia Gothorum*, atribuyó resueltamente á Recaredo, «hijo de Leovigildo y hermano de Hermenegildo que sufrió el martirio en Sevilla», la fundación del monasterio. Pero es imposible dar con la obra del sabio obispo, y el Padre Flórez, en su *España Sagrada*, ha llegado á dudar de la veracidad del Padre Ambrosio Gómez que la menciona en *El Moysen segundo*. Tampoco menciona las *Annalia Gothorum* entre las obras que se deben á escritores burgaleses, D. Manuel Martínez Añibarro en su *Intento de un diccionario biográfico y bibliográfico de autores de la provincia de Burgos* (Madrid, 1880).



Detalle de uno de los bajorrelieves del claustro
FOTS. DEL P. ALFONSO ANDRÉS

Sea lo que quiera de su origen, la Abadía de Silos tomó incremento y autoridad desde que tuvo por abad á Santo Domingo, que había tomado los hábitos en San Millán de la Cogulla—donde el ingenuo Gonzalo de Berceo estudió latin y humanidades—y á quien confirieron la dignidad abacial Fernando de Castilla y de León, que residía entonces en Burgos con su corte, y el obispo D. García, que anteriormente se había sentido un sí es ó no es envidioso de la admirable perseverancia y santa vida del siervo de Dios, *Abbas isur percussus in secreto cordis mortifero jaculo invidiae pro tam admirabili viri constantia*—dice Grimald en su *Vita Beati Domini*—hasta el punto de haberle despojado de la dignidad de prior de San Millán y haberle confiado el pequeño priorato de *Tres Celdas*, perdido en medio de los montes, llamado también San Cristóbal de Tobia.

Desde la posesión de Santo Domingo la abadía va en auge y al poco tiempo la visita Alfonso el Sabio. Luego tratan de instaurarse los franciscanos en ella. Los últimos años del abad Juan III, fueron turbados por querellas bastante vivas con los Hermanos Menores—dice Don Marius Fercin, *Histoire de l'abbaye de Silos*, cap. V, § IV, pag. III (Ernest Leroux, Editeur, París, MDCCCXCVII)—establecidos desde algún tiempo antes en las cercanías de Silos. Estos religiosos hubieran querido transferir su convento al interior de la villa; pero el abad, que tenía, sin duda, serios motivos para dejarlos fuera, no quiso consentir jamás. Como señor del lugar, seguramente tenía derecho á ello. Pero los franciscanos, apoyados por parte de los habitantes, *payèrent d'audace*.

Desaparecieron estas querellas y desde la bula «benedictina», dada en el año de 1355 (12 de Julio) á modo de constitución—*Fulgens sicut stella*—y renovada un año más tarde (30 de Junio de 1356) en forma de bula, el papa Benedicto XII, antiguo abad de Fonfroide en Narbonne—desde entonces, pues, la abadía de Silos reviste



Un ángulo del claustro de Santo Domingo de Silos

FOT. DEL P. ALFONSO ANDRÉS

todo su actual esplendor. Los benedictinos de Silos fueron los encargados de ejecutar la bula en España.

Los años transcurren plácidos para la severa abadía entre abades humildes que se limitan a cumplir las constituciones de la orden, y abades fastuosos que alcanzan las más altas dignidades eclesiásticas—como aquel abad D. Luis Méndez que fué nombrado por Alejandro VI obispo de Sión, después de haber sido dominico y haber interesado a la Duquesa de Frías en la toma del hábito de San Benito—hasta 1855, en que un de-

creto del gobierno, debido a las instancias de D. Juan Mendizábal, entonces ministro de Hacienda, abolió todos los monasterios y conventos de religiosos del Reino y posesiones de España.

El abad D. Rodrigo Echevarría, que fué el último abad de Silos, hasta su restauración (en el mundo llamábase Salvador María Ezarra y Echevarría), nos lo cuenta en una conmovedora prosa sencilla escrita en época subsiguiente a su exclaustación—hacia 1850—y conservada en los Archivos de Silos.

«La tarde del 9 de Octubre, un enviado del Prior de San Gerónimo de Espeja, me informó de que en este monasterio ya se había recibido el decreto de supresión de la villa de Aranda. El 17 de Noviembre, fiesta de Santa Gertrudis, cantamos juntos la misa solemne, luego cada cual salió del monasterio y la comunidad se disolvió. Yo permanecí en la abadía por orden del gobierno, para firmar como abad el inventario de todos nuestros bienes. El Padre Fulgencio Palomero fué autorizado a permanecer conmigo como párroco de Silos (porque el curato pertenecía a la



Capiteles de las columnas del claustro de Santo Domingo de Silos, verdadera maravilla arquitectónica

abadía, comenta Dom Ferotin) y también á causa de su título de farmacéutico. Los bienes muebles é inmuebles fueron adjudicados á la caja de amortización, llamada antes del crédito público.

Los cuadros de pintura que adornaban el monasterio y la biblioteca de la comunidad, fueron destinados al Museo y á la Biblioteca que se debía erigir en la capital de la provincia (Burgos). Se vendió todo lo demás, hasta los utensilios de cocina. Como la iglesia abacial resultaba ser al mismo tiempo la de la parroquia, todos los objetos destinados al culto fueron respetados...

El abad, anciano y achacoso, siguió viviendo en los vastos ámbitos de la Abadía desierta, para salvarla con su presencia de la ruina y del saqueo. A la muerte del P. Palomero, tomó el título de párroco de Silos, que conservó hasta su promoción (Agosto de 1857) al Obispado de Segovia, para el cual fué nombrado por la reina Isabel II y preconizado por Pío IX en el consistorio del mes de Septiembre. La ceremonia de su consagración se celebró en la parroquia de San Martín, de Madrid, de la cual era párroco el P. Tomás de la Cámara, antes monje de Silos y luego obispo de Salamanca, célebre por su refutación de Draper con su obra sobre «Los conflictos entre la religión y la ciencia».

Murió á los 85 años, pero no tuvo el consuelo de ver restablecido su carísimo monasterio, en el cual se refugiaron (Diciembre de 1880) algunos Benedictinos de la Congregación de Solesmes, expulsados de Francia. Son los actuales ocupantes de la vieja abadía. Un abad anciano y venerable les rige y bajo sus paternales auspi-



El cáliz de Santo Domingo de Silos, joya de gran valor artístico

cios viven los monjes dedicados á la práctica de la virtud y al estudio, realizando esas obras maestras de erudición y de paciencia que han hecho famosa la orden.

El *Boletín de Santo Domingo de Silos*, que publican mensualmente en Burgos, nos adoctrina sobre su amor á la Abadía, que han conservado intacta á través de tantos riesgos y desventuras, de tantas injurias hechas más que por el tiempo y los elementos, por la incuria y por el salvajismo de los hombres.

Los que quieran formarse una idea de las maravillas que encierra el Claustro de la Abadía de Silos, si no les bastara con las hermosas fotografías que adornan este pobre artículo, y que son obra del gran artista fotógrafo y monje de Silos, Padre Dom Alfonso Andrés, pueden leer con fruición la serie de documentos y amenos artículos que viene publicando en el *Boletín* mi docto amigo el caballero bilbaino D. Ramiro de Pinedo, huésped del monasterio de Silos durante bastante tiempo.

El *Claustro de Silos y sus inscripciones* se titula este erudito trabajo del Sr. Pinedo y van comprendidos en los números del *Boletín de Santo Domingo de Silos* correspondientes á Julio, Agosto, Septiembre, Octubre, Noviembre y Diciembre de 1913 y Enero, Febrero y Marzo de 1914. Los lectores que los consulten podrán formarse una idea clara y exacta del encanto que para arqueólogos y anticuarios ha de tener el claustro de la vieja Abadía, que los monjes de Solesmes han renovado...

ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO



Capiteles y vista de una de las naves del claustro de Santo Domingo de Silos

FOTS. DEL P. ALFONSO ANDRÉS

LA ESFERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



LA ESCLAVA, cuadro de M. Montero



Los Reyes Don Alfonso y Doña Victoria y sus augustos hijos, el príncipe de Asturias y el infante D. Jaime, en el festival que celebraron los exploradores en los montes del Pardo el día 26 del pasado. Los terrenos donde se verificó la fiesta, pertenecientes al Real Patrimonio, han sido cedidos por S. M. a la referida Institución

LOS YANQUIS EN MEJICO



UN RETRATO ORIGINAL DE MR. WILSON
Presidente de los EE. UU.



Un batallón de voluntarios mejicanos haciendo ejercicios en las afueras de la población

Los sucesos de Méjico han acabado por determinar la intervención norteamericana. Era una contingencia prevista desde hace largo tiempo, como pudieron preverse otras intervenciones en litigios europeo-americanos ya pasados á la historia. De lo que resulte á la postre en el nuevo pleito planteado entre los dos grandes pueblos neo-continetales, no es fácil aventurar vaticinios concretos en este primer acto del drama político que se plantea.



El presidente de la República de Méjico, conferenciando en palacio con los periodistas extranjeros FOT. MARROQUIN

El bombardeo de Veracruz y el desembarco de las tropas yanquis en la hermosa ciudad mejicana, con su centenar de víctimas, pueden ser el sangriento prólogo de una larga guerra en la que resulte la potente Confederación de los Estados Unidos con muchos millares menos de vidas lozanas y una cifra fantástica de millones. Pero quizá también, y por ello habrá que hacer fervientes votos sea un medio de resolver de una vez esa perturbada situación de un país llamado á ser próspero y feliz, restableciendo para siempre el imperio del orden y terminando con esa eterna guerra civil ya casi crónica.



Tropas yanquis embarcando con rumbo á Méjico
FOT. ARGUS



El general insurrecto Carranza, saludando al general Ochoa á su llegada á Juarez
FOT. HUGELMANN

MOVIMIENTO DE TROPAS MEJICANAS



Soldados mejicanos enviados por el general Huerta á Torreón.—Aspecto de la estación de Méjico durante el embarque de las tropas



El general Huerta presenciando, desde su automóvil, la salida de las tropas enviadas á Torreón

FOTS. MARROQUÍN

ALEMANIA ROMÁNTICA

LOS NIETOS DE WERTHER



Vista de la ciudad de Heidelberg.—A la izquierda, el castillo de los Condes Palatinos

Aunque todavía no soy viejo, voy ya teniendo la memoria poblada de recuerdos. Ningunos son tan placidamente gratos, como aquellos que evocan mis años estudiantiles de Heidelberg, la vetusta ciudad alemana que tiene el cuerpo caduco y el alma de veinte años.

No hay pueblo español que se parezca a Heidelberg. Nuestras ciudades universitarias han perdido su carácter de antaño.

Bajo los soportales de Alcalá y Salamanca no pasan ya los escolares hampones y pendencieros que conoció Quevedo, ni rondan los corchetes, ni buscan las mozas de los picos pardos, ni se baten los caballeros.

Allá siguen las aulas de otros tiempos y los callejones torcidos y los farolillos temblorosos que alumbran a un Cristo y las posadas cervantinas y los palacios del señorío, ornados de sendos blasones. Pero el aroma de la tradición se evaporó del ánfora. El estudiante español de hogar rememora pálidamente los de la tuna antigua.

En Heidelberg perdura la tradición.

Las generaciones escolares que desfilan por él son siempre iguales. Es un perenne reflorcer del tronco centenario que se engalana cada primavera con flores distintas y siempre las mismas.

Heidelberg, que se levanta en un estrecho valle, cuenta 50.000 habitantes. Su caserío secular se agrupa a lo largo de una calle céntrica que desemboca en la plaza de la Universidad. Hacia la izquierda bajan múltiples callecillas en busca del río Neckar, mientras que al lado opuesto trepan arriscadas por la falda del monte. En la cumbre se alza un castillo ruinoso que perteneció a los Condes Palatinos y en torno suyo se extiende, rumoroso y solemne, un inmenso bosque de abetos, que linda con las úl-

timas casas del pueblo. Heidelberg es romántico como una romanza de Schumann. Posee un puente ojival de tres ojos: sus bosques tienen fresas y violetas en primavera; anidan cigüeñas ó golondrinas, según la estación, en el Castillo; el río es ancho y manso; las camareras de las cervecerías son rubias y el vino del Pfalz es dorado.

Por las calles de Heidelberg no se ve más que gente joven, no se oyen más que risas. Un rostro de cuarenta años disuena en la armonía abrileña de la ciudad.

Los estudiantes pasan en pandillas, luciendo los colores de las Asociaciones a que pertenecen. Los *Sajonia Borussia* que se reclutan entre la más alta nobleza, llevan banda y gorras blancas; verde es el color que ostenta el *Korps Wetsfalia*, cuyos miembros suelen pertenecer a la

aristocracia del dinero; amarillo es el de *Suabia* azul el de los renanos...

Los estudiantes pasan la frente alta, un poco fanfarrones y candorosos, escoltados por sus perrazos que jamás se separan de ellos.

Bandadas de lindas muchachas, modistas y camareras, tenedoras de libros ó vendedoras, corren como pájaros por la histórica ciudad.

Y los idilios tempranos, que estallan con el vigor de las rosas de Mayo, se arrullan a la sombra benigna de las piedras muy ancianas é indulgentes que han visto ya muchas primaveras. Los adolescentes alemanes son niños hasta que conquistan la *libertad académica*. Esta la adquieren al salir triunfantes del examen de Bachiller.

Antes de ese día son niñacos de diez y ocho ó veinte años que contemplan la vida con ojos inocentes. Les está prohibido salir a la calle después de las nueve de la noche, sin permiso de sus maestros; no pueden entrar en cervecerías ni restaurantes y han de ir al teatro acompañados de sus padres. Es la edad de las tartas de manzana con crema, del *foot-ball* a todo pasto, del *tennis* y de las regatas.

Pero al aprobar el bachillerato el niño se transforma en hombre. Su buen padre le entrega solemnemente el llavín de la casa y le anuncia que irá a comenzar sus estudios en la Universidad de Jena, de Heidelberg ó de Bonn.

Es costumbre inveterada que los primeros años de carrera se cursen lejos de la casa paterna, para que el neófito se dé un buen remojón en las aguas saladas y amargas de la vida.

Las añosas ciudades del Rhin, llenas de tradición, envueltas en el azul reflejo del río ancestral, son muy frecuentadas, y entre ellas es Heidelberg, flor de leyenda, la más querida.



Los estudiantes alemanes adiestrándose en el noble ejercicio de la esgrima

Aquel mocetón rubio que acaba de salir de la pubertad con el alma blanca y curiosa, llega á Heidelberg. Es la primera vez que viaja solo. Desde la estación minúscula se encamina por las calles tortuosas en busca de alojamiento. Recorre la Hauptstrasse. Las casitas son de piedra negra con balcones de madera, techos apuntados y talladas puertas. Aquí, allá, se balancean las muestras doradas de las tiendas: un gran racimo de uvas, una bota gigantesca, un desaforado guante, sálenle al paso. Las clásicas cervecerías con sus vidrieras en colores, sus ventanas ojivales, esculpidas gárgolas y encima de la entrada la cabeza de un ciervo muy cornudo. Son sus nombres, Posada del Rhin, las Rocas Encarnadas, el Gallo Rojo, el Hogar de los remadores, el Caballero.

Nuestro estudiante va identificando lo que vé con el cuadro tantas veces descrito por sus mayores.

Aquellas son las mismas cervecerías de hace muchas centurias, las grandes fuentecillas de piedra y bronce que labraran en 1558 los maestros Antoni y Colin de Malinas; la Universidad que fué baluarte de Lutero, en tiempo de los Electores Othon Enrique, Federico III y Federico IV, y la Catedral que escuchó el fragor de las disputas teológicas; los árboles mismos que sombrearon los paseos sentimentales de Goethe.

Y cuando al fin se decide á tomar cuarto, encuentra dentro de él una colección de daguerreotipos y fotografías desvaidas que copian los rostros de unos estudiantes muy remotos, muertos ya casi todos; pero que conservan en los rostros una perdurable juventud.

Durante el invierno cubre la nieve á Heidelberg, amorosamente. Blancas caperuzas se amontonan en los tejados de pizarra, albas líneas dibujan los frisos sobre la negrura de la piedra patinosa, dura capa de hielo cubre al río, y el bosque de abetos, escarchado, como postal de año nuevo, rememora los cuentos de Grimm.

Entonces los estudiantes patinan, corren en trineos que cruzan las callejas con el loco tintineo de sus cascabeles, bailan en el Stadt-Halle y se baten en la Posada del Huevo.

Allá en un montecillo, frente al Neckar, medio

cubierto por una cortina de yedras, hay un parador, llamado del Ciervo. Es lugar apartado y un tanto misterioso, hacia el que se encaminan casi todas las mañanas largas caravanas de coches ocupados por estudiantes muy serios, y al mediar el día tornan á la ciudad los mismos vehículos, con idénticos pasajeros, muchos de los cuales se envuelven al regreso en velos negros. Son los heridos de las *Mensuras*, de los duelos, en que á diario cruzan sus espadas los estudiantes de los Korps.

Esos duelos están prohibidos por la ley; pero la costumbre es más fuerte que ella y para que la policía pueda ignorar lo sucedido, sin ver á los heridos, se discurrió el hipócrita recurso de los velos, que deja á cada cual en su lugar: ley, policía y estudiantes.

Continúan los duelos, que forman parte integral de la vida estudiantil alemana, en el verano; pero combinados con otro de los amores tudesco: la Naturaleza.

Los estudiantes se baten en una casita, situada á orillas del Neckar, cosa de una hora del pueblo, en sitio apacible y florido, que mece como una canción de cuna el rumor del agua.

El semestre de verano es el más alegre de Heidelberg. Las veredas están orladas de margaritas, los pueblecillos del valle, que bañan sus pies en el río, se engalanan como novias campesinas; sobre las aguas tersas y profundas del Neckar navegan vaporcitos y lanchas que llevan carga de ilusiones; los estudiantes atruenan el bosque con sus canciones rituales; entre las piedras del castillo brotan los lirios y toman el sol los lagartos; los idilios se desmenuzan en los rincones de la selva, bajo las matas.

En Alemania el invierno es blanco y verde; de un tono gayo el verano.

Sobre esa esmeralda estival guiña un sol tibio, flamean las batistas de las mujeres y detonan las rosas.

En las noches suaves de Agosto se organizan los cortejos estudiantiles que desfilan entre farolillos á la veneciana, entonando sus canciones viejísimas, mientras la silueta del castillo de Conrado Hohenstaufen se ilumina como por arte mágico con rojas llamas sobre el cielo estrellado.

Y en el aire, que huele á pino, vibran religiosa-

mente, como un culto á la juventud y á la ciudad querida, los cantos de los estudiantes:

*Vagabundeemos;
el tiempo es ya hermoso;
¿por qué estar siempre encerrados en casa?
¿Para qué sirve el dinero
si se le guarda?
Se vive sólo una vez
en el mundo.
¡Gaudeamus igitur!
Somos jóvenes.
Tras la juventud
dichosa y la senectud molesta
seremos tierra.
Nuestra vida es breve.
La muerte que llega
veloz, á nadie perdona.
Vivan las muchachas amables y bellas.
Vivan las mujeres buenas y laboriosas.
Muera la tristeza, etc.*

□□□

*Heidelberg excelso,
ciudad llena de honor
en las márgenes del Neckar y del Mein
ninguna se te puede comparar.*

□□□

*En el verde Rhin hay un velo bordado de oro
y piedras preciosas; el que lo posea será Emperador,
Príncipe del Rhin, inmortal...*

*Yo sé donde hay una casita cerca del verde
Rhin rodeado de laureles; allí palpita un corazón,
pobre de oro, rico en virtudes; ese corazón
me pertenece. Yo daría por él la corona y el velo.*

□□□

Al grave canto de los mozos que, serios y exaltados, confían á la noche su misticismo de amor, responden las lágrimas de las muchachas conmovidas hasta las entrañas, por la luna, la música y la juventud.

Entretanto la sombra desdichada de Werther flota en el aire.

MELCHOR DE ALMAGRO SAN MARTIN



Pintoresca vista de Heidelberg

Historia del Mundo en la Edad Moderna

EL TESTIMONIO DE DOS JEFES DE ESTADO



UNA CARTA DE ALFONSO XIII

Sr. Director de *La Nación*. Palacio de San Ildefonso, Junio 26 de 1913
 Ha llegado á mis manos la magnífica y valiosa obra titulada **HISTORIA DEL MUNDO EN LA EDAD MODERNA**, que en nombre del diario «*La Nación*», de Buenos Aires, ha tenido usted la bondad de dedicarme.
 Recibo este testimonio de afecto con singular estima y aprecio, porque me lo ofrece un diario de la República Argentina, por cuya nación, como usted sabe, y me complace en repetirlo ahora, siento la más viva simpatía, y cuyos constantes progresos y adelantos despiertan en mí el mayor interés.
 No necesito asegurar á usted que, animado por estos sentimientos procuro influir en todo momento en cuanto de mí depende, para que se afiñen y estrechen más cada día los vínculos de amistad fraternal que, fundados en una comunidad de razas y de intereses, felizmente existen entre el pueblo argentino y el español.
 Felicitándole, así como á sus colaboradores, por la obra de divulgación científica y de cultura que han emprendido, y en la que le deseo satisfacciones y éxitos completos, me es grato ofrecerle con este motivo las seguridades de mi aprecio.

ALFONSO REY XIII

EL JUICIO DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

Me complace en agradecer á esa dirección el ejemplar de la **HISTORIA DEL MUNDO EN LA EDAD MODERNA**, que he recibido por intermedio de D. Enrique García Velloso. Trátase de uno de los mayores esfuerzos editoriales hechos hasta hoy, dadas las proporciones del trabajo y la escrupulosidad con que ha sido impreso. El país recibirá un beneficio indudable con la difusión de esa obra útil y bella. Por la novedad de su método, por la exactitud de sus conclusiones, que responden á los estudios más recientes, y por la autoridad indiscutida de sus autores, constituye una síntesis admirable del período que abarca, y que es para nosotros el más interesante, puesto que coincide con nuestra aparición en la historia y nuestro ulterior desenvolvimiento. Empresas de cultura como esta hacen honor á nuestra República, contribuyendo á destacar su personalidad en el continente, donde su influencia intelectual debe ser cada día más honda. Con su **HISTORIA**, tan oportuna é inteligentemente ampliada, «*La Nación*» coadyuva á ese fin y prosigue la tarea superior en que desde hace tantos años se halla empeñada.

Saludo á usted con mi distinguida consideración.

ROQUE SAENZ PEÑA

Tablas genealógicas y listas históricas

Con las tablas genealógicas y listas históricas que publica la **Historia del Mundo en la Edad Moderna**, conocerá usted todas las dinastías del mundo, los Papas, Electores, Arzobispos, Reyes, Virreyes, Presidentes, Gobernadores Generales, Jefes de Gobierno, etc.

Con estas tablas y listas históricas, aprenderá usted en diez minutos lo que no podría aprender en muchos libros durante algunos días.

No conocemos ninguna obra que tenga estos datos tan útiles para todos y que pueden evitar muchas dudas en el espacio de breves minutos.

Dice uno de los periódicos más prestigiosos del globo

The Times. (Acerca de los tomos I y II de la **Historia del Mundo en la Edad Moderna**)—«Hace cuarenta años hubiera sido imposible, y difícil hace veinte, hallar un conjunto de eruditos capaces de tratar los diversos problemas de la historia de Europa en el siglo xv en una forma que se pareciera al dominio completo de la materia, demostrado en los volúmenes que tenemos á la vista... La esmerada lista bibliográfica, que sin duda servirá de útil guía á los estudiosos, y hará comprender á los no dedicados al cultivo especial de las ciencias históricas, la inmensidad del campo que debe abarcar el historiador moderno, sorprende por lo completa.»

Historias Universales hay muchas. La mayor parte son Historias narrativas, y algunas no son sino una serie de recopilaciones hechas más ó menos hábilmente; pero Historias Modernas con el plan científico magistralmente ideado por Lord Acton, que no tengan ni un solo trabajo anónimo, que vayan firmados todos los capítulos por firmas prestigiosas universalmente conocidas, no hay más que una: **La Historia del Mundo en la Edad Moderna** que ofrecemos hoy á todos los pueblos de habla castellana.

No es posible que tenga usted en su biblioteca una obra que pueda reemplazar á este monumento bibliográfico, porque no existe otra de semejante alcance y amplitud. Es la historia del progreso humano en todas sus fases, desde el descubrimiento de América hasta fines de 1912.

Visite usted la exposición de la «**Historia del Mundo en la Edad Moderna**», en sus diferentes muebles y encuadernaciones en las librerías siguientes:

MADRID.—Martínez Gayo, Arenal, 6.

BARCELONA.—Domingo Ribó, Pelayo, 46.

BILBAO.—Viuda y sobrino de E. Villar, Granvía, 16 y 18.

SEVILLA.—Juan Antonio Fe, Sierpes, 89.

VALENCIA.—Viuda de Ramón Ortega, Bajada de San Francisco, 11.

ZARAGOZA.—Cecilio Gasca, Coso, 33.

Si desea usted conocer el sumario completo de los 25 tomos de la **HISTORIA DEL MUNDO**, el nombre de los 171 autores que han hecho esta obra magna de erudición y cuantos detalles puedan interesarle, pida usted el folleto descriptivo que le enviaremos gratis ::

Diríjase usted á Ramón Sopena, Cádiz, 7, MADRID ó Provenza, 95, BARCELONA

CREACIONES "KEPTA"

LAS PERLAS KEPTA Y LAS PIEDRAS DE COLOR RECONSTITUIDAS
ESTÁN MONTADAS EXCLUSIVAMENTE CON BRILLANTES VERDADEROS EN ARTÍSTICAS
MONTURAS DE PLATINO Y HAN OBTENIDO EL PRIMER PREMIO
Y MEDALLA DE ORO EN PARIS

NO TENEMOS SUCURSALES NI AGENTES: NUESTRA ÚNICA CASA EN ESPAÑA ESTÁ EN
MADRID: 2, CARRERA DE SAN JERÓNIMO

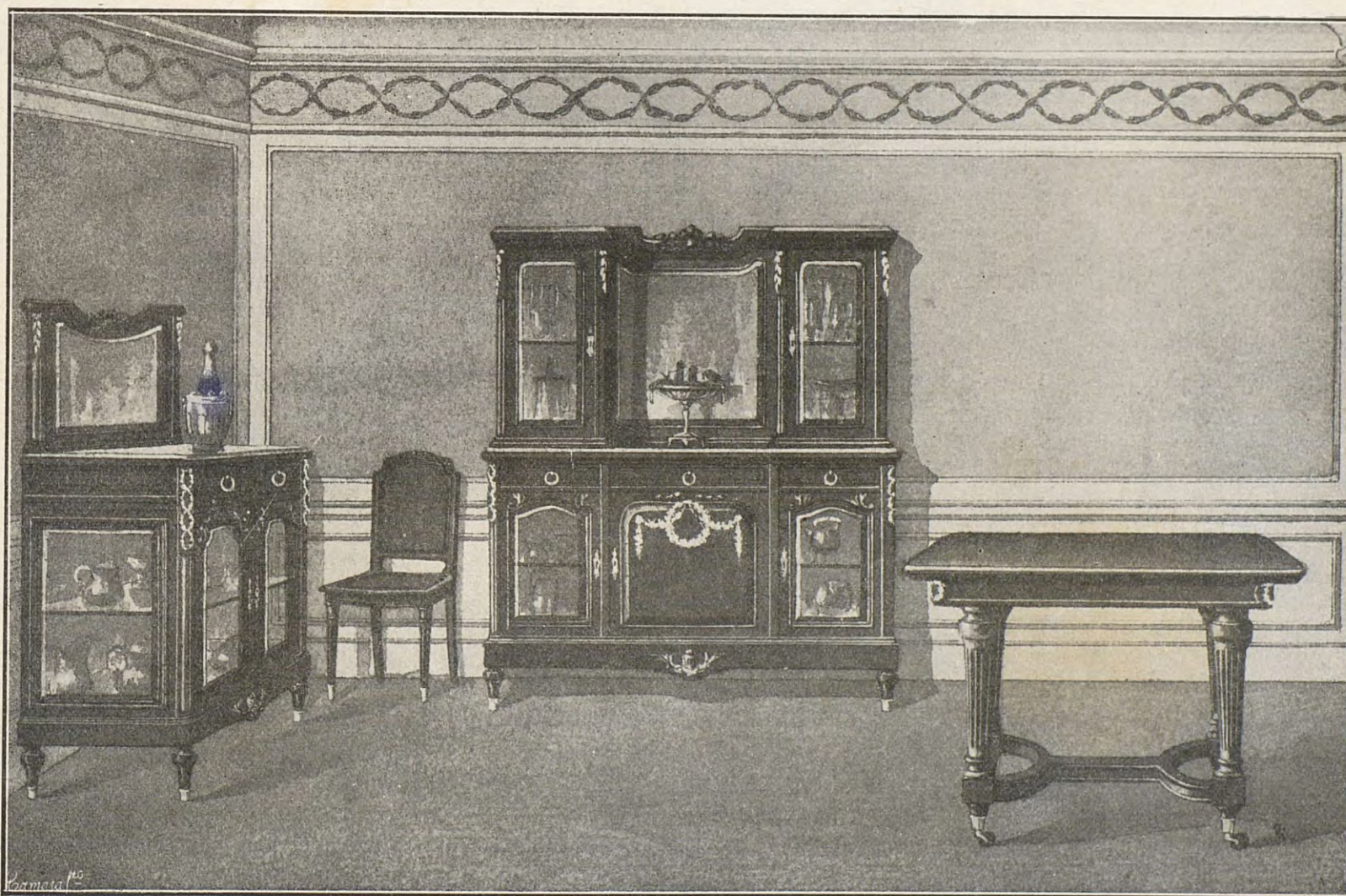
PARIS
36, B.D DES ITALIENS

S.^T PETERSBOURG
21, MORSKAYA

KISLOVODSK
PERSPECTIVE GALITZINSKY

MOSCOU
6, KOUSNETZKI MOST

LABORATORIO
AVENUE PIERRE BLANC
MONTMORENCY FRANCE



SANTOS RIESCO

35, ALCALÁ, 35
Muebles de lujo • Salones • Gabinetes • Alcobas • Comedores

Automóviles Renault

(PROVEEDOR DE LA REAL CASA)

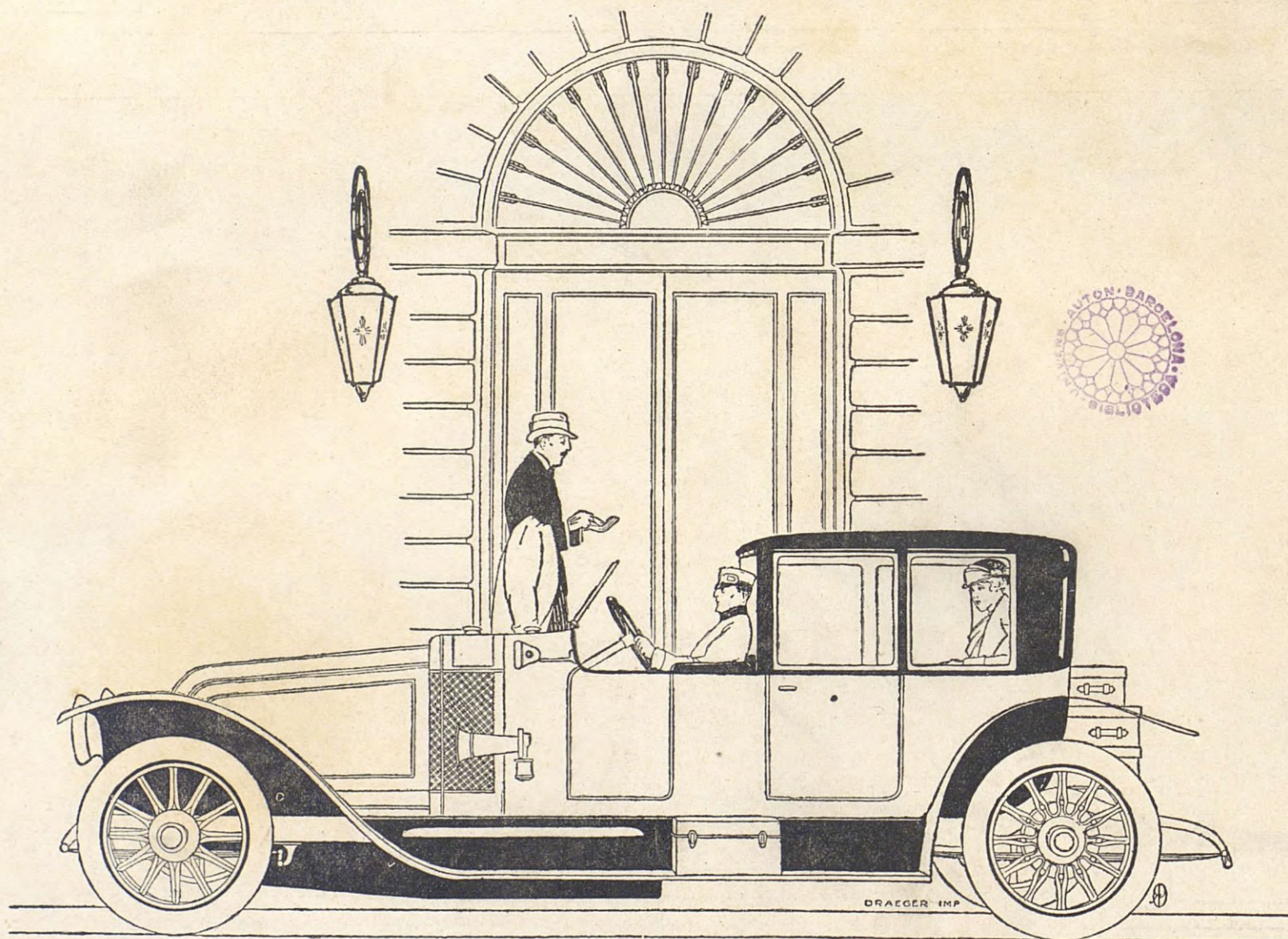
El 40 HP 6 Cilindros

NUESTRO modelo 40 HP de 6 cilindros presenta un conjunto de cualidades sumamente notables, pues este magnífico coche es á la par potente, elástico, silencioso, rápido y confortable en extremo; y en él se desconocen los escollos de la complicación mecánica, así como las dificultades de conducción y de entretenimiento.

El motor, que funciona con extraordinaria elasticidad, puede alcanzar igualmente una marcha muy veloz en

las carreteras, como muy lenta en las poblaciones. Las líneas exteriores, tanto en la carrocería torpedó, como limousine ó landaulet, son del más puro clasicismo y de suprema elegancia, disimulando con la esbeltez de su forma la potencia del mecanismo.

Por último, este carruaje satisface cumplidamente todos los deseos de la refinada clientela á la que está destinado. Es al automóvil corriente lo que el "tren de lujo" es al express.



IMPRESA DE «PRENSA GRÁFICA», HERMOSILLA, 57, MADRID



PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS

res/137